

6375

Vida popular  
de Domingo Savio



Libreria Salesiana.- Apartado 175 Barcelona

2  
53





VIDA POPULAR  
DE DOMINGO SAVIO

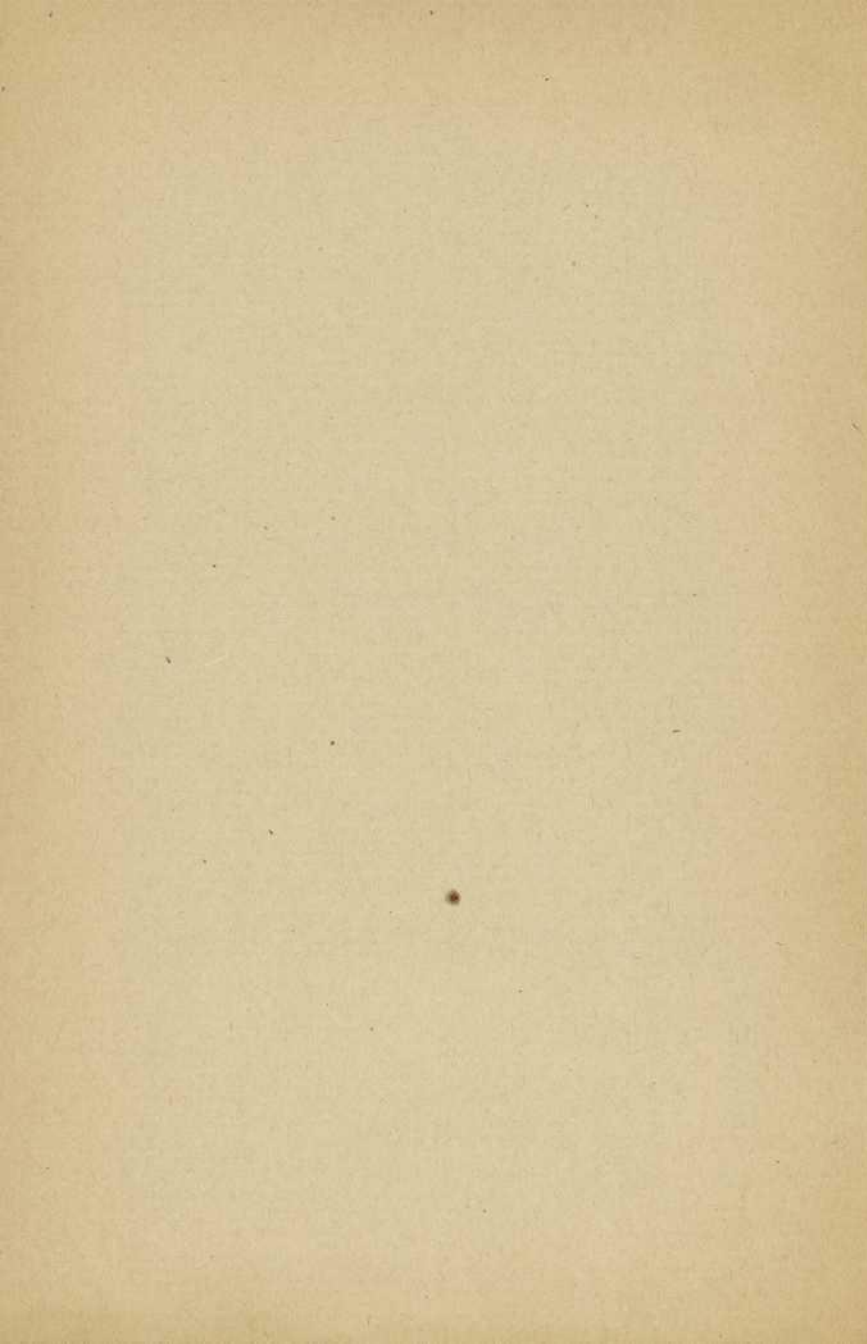


B.P. de Soria



61120836  
D-2 23753

0-2  
23753



205

BEATO JUAN BOSCO  
FUNDADOR DE LA PIA SOCIEDAD SALESIANA

VIDA POPULAR DEL  
SIERVO DE DIOS

# DOMINGO SAVIO

ALUMNO DEL ORATORIO  
DE SAN FRANCISCO DE SALES

---

SEXTA EDICION

---



APARTADO 175  
LIBRERIA SALESIANA  
BARCELONA

ES PROPIEDAD

---

*Escuela Tip. Salesiana, Barcelona (Sarriá).—1930*

---

## PROLOGO

Muy queridos niños :

*Más de una vez me habéis pedido con empeño que escriba algo acerca de vuestro compañero Domingo Savio ; y haciendo todo lo posible para satisfacer vuestro deseo os presento ahora su vida, escrita con la brevedad y sencillez que son de vuestro agrado.*

*Dos obstáculos se oponían a que se publicase esta obrita: en primer lugar la crítica a que a menudo está expuesto quien escribe ciertas cosas que se relacionan con personas que viven todavía. Este obstáculo creo haberlo superado concretándome a narrar tan sólo aquello de que vosotros y yo hemos sido testigos oculares, y que conservo escrito casi todo y firmado por vosotros.*

*Es el otro el de tener que hablar más de una vez de mí mismo, porque habiendo vivido dicho joven cerca de tres años en esta casa (1) me veré muchas*

---

(1) Se refiere al Oratorio de San Francisco de Sales en Turín.

veces en la necesidad de escribir hechos en los cuales he tomado parte. Creo haberlo vencido también ateniéndome al deber del historiador, el cual, sin reparar en personas, debe exponer ingenuamente los hechos. Si notáis que alguna vez hablo de mí mismo con cierta complacencia, atribuidlo al grande afecto que tenía a vuestro malogrado compañero, y al que os tengo a vosotros, afecto que me mueve a manifestaros hasta lo más íntimo de mi corazón, como lo haría un padre con sus queridos hijos.

Algunos de vosotros preguntará, por qué he escrito la vida de Domingo Savio y no la de otros jóvenes que vivieron entre vosotros con fama de modelos de virtud, tales como Gabriel Fazio, Luis Rúa, Camilo Gavio, Juan Massaglia y otros. He aquí la razón: las acciones de éstos no fueron tan notables como las de Savio, cuyo tenor de vida era en verdad maravilloso. Fuera de que, si Dios me da salud y gracia, tengo intención de escribir asimismo sobre los mencionados jóvenes, y satisfacer así vuestros deseos, que son también los míos, a fin de que, recordando lo que ellos hicieron, los imitéis en lo que es compatible con vuestro estado.

En esta quinta edición, he añadido varias cosas que espero la harán interesante, aun a aquellos que han leído todo lo que ya se dió a luz en las anteriores.

Aprovechad las enseñanzas que encontraréis en esta vida de vuestro amigo, y repetid en vuestro corazón lo que S. Agustín decía para sí: Si ille cur, non ego? Si un compañero mío, en el mismo colegio, expuesto a semejantes y quizá a mayores peligros que yo, supo ser fiel discípulo de Cristo, ¿por qué no podré yo conseguir otro tanto? Pero acor-



daos de que la verdadera religión no consiste sólo en palabras; es menester pasar a las obras. Por tanto, hallando cosas dignas de admiración, no os contentéis con decir ¡Bravo! me gusta. Decid más bien: Voy a empeñarme en hacer lo que tanto excita mi admiración y maravilla.

Que Dios os dé a vosotros y cuantos leyeren este librito, salud y gracia para sacar gran provecho de él, y la Sma. Virgen de la cual fué Domingo Savio ferviente devoto, nos alcance que podamos formar un corazón solo y un alma sola para amar a nuestro Criador, que es el único digno de ser amado sobre todas las cosas, y para servirle con fidelidad todos los días de nuestra vida.

JUAN BOSCO, Pbro.

---





## CAPITULO PRIMERO

*Patria.—Indole de Domingo.—Sus primeros años*

Los padres fueron Carlos y Brígida, pobres, pero honrados vecinos de Castelnuovo de Asti, pueblo que dista unas diez millas de Turín. El año de 1841, hallándose en gran penuria y sin trabajo, fuéronse a establecer en Riva, a dos millas de Chieri, donde Carlos se ocupó en el oficio de herrero que había aprendido de niño. Mientras vivían en este lugar Dios bendijo su unión concediéndoles un hijo que había de ser su consuelo. Nació éste el 2 de abril de 1842, recibió el nombre de Domingo, lo que si bien parece indiferente no fué sino muy digno de consideración como más adelante veremos.

Cumplía Domingo dos años de edad, cuando por conveniencias de familia, hubieron sus padres de ir a establecerse en Murialdo, arrabal de Castelnuovo de Asti.

Todas las solicitudes de los buenos padres se di-

rigían a dar educación cristiana al hijo que formaba sus delicias, y el cual, dotado por la naturaleza de una índole dulce y de un corazón formado para el bien, aprendió con extraordinaria facilidad las oraciones de la mañana y de la noche, cuando apenas tenía cuatro años de edad. No se apartaba ni un momento de su madre y si alguna vez se alejaba de ella era para retirarse a un rincón de la casa donde pudiese rezar con mayor libertad.

«Aun pequeñito, afirman sus padres, en esa edad en que los niños por irreflexión natural suelen ser de gran molestia y trabajo, pues todo lo quieren ver y tocar, ocasionando a veces graves perjuicios, nuestro Domingo no nos dió el más pequeño disgusto. No sólo se mostraba obediente y pronto para cualquier cosa que se le mandaba, sino que trataba de prevenir las cosas con las cuales sabía que nos iba a dar gusto y contento.»

Cariñosísima era la acogida que hacía a su padre cuando le veía volver a casa después del trabajo. Corría a su encuentro y tomándole de la mano o colgándose de su cuello—Papá, le decía, ¡qué cansado viene! ¿no es verdad? Mientras usted trabaja tanto por mí, yo para nada sirvo sino para darle incomodidades, pero rogaré a Dios para que le dé salud, a usted, y a mí me haga bueno.

Y mientras esto decía, entraba con él en casa, le buscaba una silla para que se sentara y le hacía mil caricias.—Esto, dice su padre, era un dulce alivio en mis fatigas; de modo que estaba impaciente por llegar a casa para dar un beso a mi Domingo, en quien concentraba todos los afectos de mi corazón.

La devoción crecía en él juntamente con su edad, y desde que tuvo cuatro años no fué menester avi-

sarle que rezara las oraciones de la mañana y las de la noche, las de antes y después de comer, y las del toque del *Angelus*; sino que él mismo invitaba a los demás de casa a rezarlas, si llegaban a olvidarse de hacerlo.

Sucedió, en efecto, cierto día, que distraídos sus padres sentáronse sin más a comer:—Pepá, dijo Domingo, aun no hemos invocado la bendición de Dios. Y dicho esto empezó él mismo a santiguarse y a rezar la oración que había aprendido. En otra ocasión un forastero hospedado en su casa se sentó a la mesa sin practicar acto alguno de religión. Domingo, no osando avisarle, retiróse cabizbajo a un rincón del aposento. Interrogado después por sus padres del motivo de aquella novedad, contestó:—Yo no me atrevo a ponerme a la mesa con uno que principia a comer como lo hacen las bestias.

## CAPITULO II

*Su conducta ejemplar en Murialdo.—Hermosos rasgos de virtud.—Su asistencia a la escuela.*

Me propongo referir en este capítulo algunos hechos que apenas se creerían si la veracidad y el carácter de quien los afirma no excluyese todo género de duda. Inserto la relación misma que el capellán de Murialdo (1) se sirvió dirigirme por escrito sobre este alumno suyo muy querido.

---

(1) El capellán era en aquel entonces el Presbítero don J. Zucca.

Dice así: «En los primeros días que llegué a esta aldea de Murialdo, veía a menudo a un niño de unos cinco años de edad que venía a la iglesia en compañía de su madre. La serenidad de su semblante, la compostura de su porte y sus buenos modales llamaron la atención general. Si en llegando a la iglesia la encontraba cerrada, en vez de corretear o de divertirse, como suelen los niños de esa edad, llegábase al umbral de la puerta y allí, puesto de rodillas, con la cabeza inclinada y juntas las manos sobre el pecho, rezaba fervorosamente hasta que abrían la iglesia, aun cuando soplara fuerte viento o a causa de la lluvia estuviera el suelo cubierto de barro. Maravillado y movido de piadosa curiosidad, quise saber quién era aquel niño y supe que era el hijo de un herrero llamado Carlos Savio.

»Cuando me veía en la calle comenzaba desde lejos a dar señales de particular contento, y con semblante verdaderamente angelical se adelantaba respetuosamente a saludarme. Luego que empezó a frecuentar la escuela, como estaba dotado de mucho ingenio y era muy diligente en el cumplimiento de sus deberes, hizo en breve tiempo notables adelantos en los estudios.

»Obligado a conversar con niños díscolos y disipados, jamás sucedió que riñera con ellos; soportaba con gran paciencia las ofensas de los compañeros, y apartábase discretamente cuando presumía que podía suscitarse una dificultad. No recuerdo haberle visto jamás tomar parte en juegos peligrosos, ni causar en la clase el más insignificante estorbo: antes bien, siendo invitado por algunos compañeros para ir a hacer burla de las personas ancianas, a tirar piedras, a robar fruta o a causar otros daños por

las campiñas, sabía amonestarlos juiciosamente y negarse a concurrir a tan reprobables diversiones.

»La piedad que mostraba, rezando hasta en los umbrales de la puerta de iglesia, no disminuía con la edad. A los cinco años había ya aprendido a ayudar la Misa, lo hacía con muchísimo gusto y devoción. Iba todos los días a la iglesia, y si otro niño quería ayudar la Misa, oíala él con la más edificante compostura. Como a causa de sus pocos años, apenas podía trasladar el misal, era gracioso verle acercarse al altar, ponerse de puntillas, tender los brazos lo más que podía y hacer todos los esfuerzos posibles para llegar al atril. Dábale el sacerdote el mayor placer del mundo si en vez de trasladar el misal, se lo acercaba de modo que lo pudiese alcanzar y llevar al otro lado del altar.

»Confesábase a menudo, y no bien supo distinguir el Pan celestial del pan terreno, fué admitido a la santa Comunión que recibió con singular piedad. En vista de la obra admirable que la divina gracia iba realizando en aquella alma inocente, me decía muchas veces entre mí: ¡He aquí un niño de muy grandes esperanzas! ¡Quiera Dios que lleguen a madurez tan preciosos frutos!» Hasta aquí el capellán de Murialdo.

### CAPITULO III

*Es admitido a la primera Comunión.—Preparación, recogimiento y recuerdos de aquel día.*

Nada faltaba a Domingo para que fuese admitido a la primera Comunión. Sabía ya de memoria todo el Catecismo, tenía conocimiento suficiente de

este Augusto Sacramento y ardía en deseos de recibirle. Sólo se oponía la edad; pues que en las aldeas, no se admite, por lo regular, a los niños a la primera Comunión sino a los once o doce años cumplidos (1), y Domingo apenas tenía siete, apareciendo tener menos aún a causa de su pequeña estatura. Vacilaba, pues, el capellán en complacerle; pero tomó consejo de otros sacerdotes, y ponderados los conocimientos precoces, la instrucción y los ardientes deseos del niño, fué admitido a participar por vez primera del Pan de los Angeles.

Indecible fué el gozo que esta noticia le produjo. Corrió a su casa y la anunció con gran alegría a su madre. Ocupóse así días enteros en rezar y en leer buenos libros, y permanecer largos ratos en la iglesia, pareciendo que su alma habitaba ya con los ángeles del cielo. La víspera del día señalado para la comunión fué a su madre y le dijo:—Mamá, mañana voy a hacer mi primera Comunión; perdóneme usted todos los disgustos que le he dado en lo pasado; yo le prometo portarme muy bien de hoy en adelante, ser aplicado en la escuela, obediente, dócil y respetuoso a todo lo que usted me mande. Y dicho esto, se echó a llorar. La madre, que de él había sólo recibido consuelos, sintióse enternecida, y conteniendo a duras penas las lágrimas le consoló diciéndole:—Vete tranquilo, querido Domingo, pues todo te está perdonado; ruega a Dios a fin de que te conserve siempre bueno, y ruega también por mí y por tu padre.

---

(1) Esto sucedía, por lo general, cuando el Venerable Bosco escribía este libro; pero, después de las disposiciones de Pío X, es ley universal que los niños sean admitidos a la Comunión tan pronto tengan uso de razón, sea cual fuere su edad.



La mañana de aquel día se levantó muy temprano, y vestido con su mejor traje se fué a la iglesia; pero como la encontrara cerrada se arrodilló en el umbral de la puerta y se puso a rezar, según su costumbre, hasta que llegaron a abrirla. Con la confesión, la preparación y acción de gracias, la función duró cinco horas. Domingo fué el primero que entró en la iglesia y el último que salió de ella. En todo ese tiempo no sabía si estaba en el cielo o en la tierra. Aquel día fué siempre memorable para él y puede considerarse como verdadero principio, o más bien continuación de una vida que puede servir de modelo a todo fiel cristiano.

Algunos años después hablándome de su primera Comunión se animaba aún su rostro con la más viva alegría.—«¡ Ah! solía decir, fué aquél el día más hermoso y más grande de mi vida.» Escribió en seguida algunos recuerdos que conservó cuidadosamente en un libro de devoción y los leía a menudo. Vinieron después a mis manos y los incluyo aquí con toda la sencillez del original:

«Propósitos que yo, Domingo Savio, hice en el año 1849, día de mi primera Comunión, a los siete años de edad:

Primero.—Me confesaré muy a menudo y recibiré la sagrada Comunión, siempre que el confesor me lo permita.

Segundo.—Quiero santificar los días de fiesta.

Tercero.—Mis amigos serán Jesús y María.

Cuarto.—*Antes la muerte que pecar.*»

Estos recuerdos fueron la norma de todos sus actos hasta el fin de su vida.

Si entre los lectores de este librito se hallase alguno que no hubiera aún recibido la primera Comu-

nión, yo le rogaría encarecidamente que se propusiera imitar a Domingo Savio. Recomendando sobre todo a los padres y madres de familia y a cuantos ejercen alguna autoridad sobre la juventud, que den la mayor importancia a este acto religioso. Estoy persuadido de que la primera Comunión bien hecha pone un sólido fundamento moral para toda la vida. Difícil será encontrar persona alguna que habiendo cumplido bien tan solemne deber no haya observado buena y virtuosa vida. Por el contrario, cuéntanse a millares los jóvenes díscolos que llenan de amargura y desolación a sus padres, y, si bien se mira, la raíz del mal ha estado en la escasa o mala preparación con que han hecho su primera Comunión. Mejor es diferirla o no hacerla, que hacerla mal.

#### CAPITULO IV

*Escuela de Castelnuovo de Asti.—Un episodio edificante.—Sabia contestación a un mal consejo.*

Terminadas las clases elementales era preciso enviar cuanto antes a Domingo a otra parte para seguir sus estudios, pues le era imposible continuarlos en una escuela de aldea. Esto deseaba Domingo y éste era también el anhelo de sus padres. Pero ¿cómo realizarlo faltándoles los medios pecuniarios? Dios, supremo Señor de todas las cosas, proveerá lo necesario para que pueda este niño llegar al fin que se propone.

—*Si yo tuviera alas como un pajarillo, decía a veces Domingo, quisiera volar por la mañana y por la tarde a Castelnuovo, para continuar mis estudios.*

Sus grandes deseos de estudiar hicieronle llevar todas las dificultades y resolvió ir a la escuela municipal de la próxima villa de Castelnuovo, a pesar de que distaba una legua de su casa; y así de sólo diez años de edad recorría dos veces al día aquel camino; de modo que, entre la ida y la vuelta, resultaba un viaje diario de más de once kilómetros. Sopla a veces un cierzo molestísimo, abrasa el sol, las calles están cubiertas de lodo, llueve a torrentes; no importa, Domingo soporta todas esas incomodidades y obstáculos; sabe que en esto obedece a sus padres y que es un medio para ilustrar su mente y aprender la ciencia de la salvación, y eso basta para hacerle sobrellevar con placer toda clase de trabajos.

Una persona mayor, viendo un día a Domingo que se dirigía solo al colegio a eso de las dos de la tarde, bajo un sol abrasador, acercósele y entabló con él el siguiente diálogo:

—Amiguito, ¿no tienes miedo de ir solo por este camino?

—No voy solo, señor, mi Angel Custodio me acompaña.

—Pues ha de ser pesado el viaje con tanto calor.

—Nada es pesado, cuando se hace por un Amo que sabe pagar bien.

—¿Y quién es ese amo?

—Dios Nuestro Señor que paga hasta un vaso de agua que se dé por su amor.

Esta misma persona narró semejante episodio a algunos amigos suyos, y concluyó diciendo:—Un niño que a tan tierna edad abriga sentimientos tan piadosos, es a la verdad de muy grandes esperanzas.

Con tantas idas y venidas su alma corrió serios peligros por parte de algunos malos compañeros.

Durante los calores del estío, acostumbraban no pocos muchachos a bañarse en las lagunas, en los arroyos y estanques, lo que origina generalmente deplorables desgracias para el cuerpo y particularmente para el alma. ¡Cuántos niños lamentan la pérdida de su inocencia, siendo la causa de tamaña desgracia el haber ido a bañarse con aquellos compañeros en sitios fatales! Varios de los condiscípulos de Domingo no contentos con ir ellos, se empeñaron en llevarle también a él, y lo alcanzaron; pero habiéndosele advertido que hacía mal en eso, mostróse profundamente pesadoso, y no pudieron ya inducirle a que volviese; antes bien, deploró y lloró muchas veces el peligro a que había expuesto su alma y su vida. Con todo, dos compañeros de los más atrevidos diéronle un nuevo asalto y le dijeron:

—Domingo, ¿quieres venir a dar un paseo con nosotros?

—¿Adónde?

—Al río, a bañarnos.

—¡Ah, no! yo no voy, no sé nadar y tengo miedo de ahogarme.

—Ven, hombre, que es muy divertido; a más que refresca y da buen apetito.

—Pero yo tengo miedo de ahogarme.

—¡Bah! ¡buena es esa! Te enseñaremos nosotros a nadar; ya verás como nos zambullimos y andamos en el agua como patos.

—Pero ¿qué? ¿no es pecado ir a esos lugares donde hay tantos peligros?

—¡Quita allá! ¡Qué idea! ¿No ves que va todo el mundo?

—El que todos vayan, no prueba que no sea malo.

—Pues si no quieres echarte al agua ven a ver a los demás...

—Me encuentro aturdido; no sé qué decir.

—Ven, ven, no tengas cuidado; no es malo, y nosotros te libraremos de cualquier peligro.

—Antes de hacer lo que me decís, quiero pedir permiso a mamá; de otro modo no me atrevo a ir.

—¡Calla, simplón! Cuidado con decirlo a tu madre, que ella a buen seguro no sólo no te dejaría venir, sino que nos delataría a nuestros padres.

—¡Ah! si mamá no quiere que vaya, es señal de que es malo, y si queréis que os hable claramente, os diré, que engañado he ido una sola vez; pero en adelante no iré jamás, porque en tales sitios siempre hay peligro o de ahogarse o de ofender al Señor. Ni me habléis ya de nadar: si eso no gusta a vuestros padres, no deberíais hacerlo, porque Dios castiga a los hijos desobedientes.

De esta manera, dando tan sabia respuesta a los malos compañeros, Domingo evitaba un grave peligro; pues si a él se hubiese expuesto, hubiera tal vez perdido el tesoro inestimable de la inocencia, a cuya pérdida se siguen mil otras desdichas.

## CAPITULO V

*Su conducta en la escuela de Castelnuovo de Asti.—*

*Palabras de su maestro.*

Frecuentando Domingo esta escuela comenzó a aprender el modo de conducirse con sus compañeros. Si veía a uno atento, dócil, respetuoso, que sabía siempre sus lecciones y que merecía las alaban-

zas del maestro, éste era bien pronto amigo suyo. ¿Había, por el contrario, un niño díscolo, insolente, que descuidaba sus deberes, que hablaba sin discreción o blasfemaba? Domingo huía de él como de una serpiente. A los demás los saludaba, hacía-les algún favor siempre que se ofrecía el caso, pero no tenía con ellos ninguna familiaridad.

Su conducta en la escuela de Castelnuovo de Asti, puede servir de modelo a todo estudiante que desea adelantar en las ciencias y en la virtud. A este propósito, traslado aquí el concienzudo juicio de su maestro don Alejandro Allora.

«Muy satisfactorio me es dar mi opinión acerca del niño Domingo Savio, al cual he querido con cariño de padre. Aun conservo fresco el recuerdo de su aplicación, conducta y virtud. No puedo decir muchas cosas acerca de su piedad porque, como vivía bastante lejos de este pueblo, estaba dispensado de formar parte de la compañía de San Luis, a la cual hubiera dado mucho lustre con su ejemplo.

»Concluídos los estudios de la clase primera elemental en Murialdo, pidió y obtuvo fácilmente pasar a mi clase, la segunda elemental, cabalmente el 21 de junio, día en que los estudiantes celebran a San Luis, protector de la juventud. Era Domingo algo débil y delicado de complexión, de carácter dulce y apacible y de humor siempre igual. Guardaba constantemente en la clase y fuera de ella, en la iglesia y en todas partes tal compostura, que el maestro sentía la más agradable impresión con sólo verle o hablarle; lo cual es para un maestro una dulce recompensa de las duras fatigas, que tiene a menudo que sostener en balde, en el cultivo de los áridos y mal dispuestos ánimos de ciertos niños. Por lo tanto, puedo decir que Sa-

vio fué sabio de nombre y con los hechos ; esto es, en los estudios, en la piedad, en el trato con los compañeros y en todas sus acciones. Desde el día en que entró en mi clase hasta el fin de aquel año y en los cuatro meses del curso siguiente, progresó de una manera extraordinaria. Obtuvo siempre el primer puesto de su sección y las demás distinciones honoríficas que suelen darse en la clase, y casi siempre logró las mejores notas en todas las materias que se le iban enseñando. Tan felices resultados en el estudio de las ciencias no se deben solamente atribuir al talento nada común de que estaba dotado, sino también al grande amor que tenía al estudio y a la virtud. Es asimismo digna de notarse la diligencia con que procuraba cumplir los más insignificantes deberes de un estudiante cristiano, y especialmente su puntualidad y constancia admirable en asistir a la escuela : de suerte que no obstante su delicada salud, recorría diariamente cuatro kilómetros entre ida y vuelta. Esto lo hacía con maravillosa tranquilidad de ánimo a pesar de la crudeza del frío, de las lluvias y de la nieve ; cosa que no podía menos de ser reconocida por el maestro como prueba de rara virtud. Cayó enfermo durante el mismo año escolar de 1852-53, y cambiaron sus padres sucesivamente de domicilio, razón por la cual perdí un alumno cuya educación prometía los más brillantes resultados. Como temiera yo que no pudiese continuar sus estudios por falta de salud y de recursos, mucho me alegré cuando supe que había sido admitido entre los niños del Oratorio de San Francisco de Sales, puesto que se le abría un camino para que no quedase inculto su claro ingenio y acendrada piedad.» Hasta aquí el maestro.

## CAPITULO VI

*Escuela de Mondonio.—Sufre una calumnia*

Parece que la divina Providencia quiso dar a entender a este niño que el mundo es un verdadero desierto, en que vamos constantemente peregrinando, o dispuso más bien que viviese en varios pueblos, para que así se mostrase en muchas partes como espejo de singular virtud. A fines del año 1852 los padres de Domingo se retiraron de Murialdo para fijar su residencia en Mondonio, que es una pequeña aldea en los confines de Castelnuovo. Siguió allí Domingo el mismo tenor de vida que en Murialdo y en Castelnuovo; por lo que se habría de repetir todo lo que de él escribieron sus anteriores maestros, y puesto que el señor Cugliero, de quien fué alumno, hace una relación casi igual, extracto de ella solamente algunos hechos particulares, omitiendo lo restante:

«Yo puedo decir, me escribe, que en veinte años que trabajo en la instrucción de los niños, jamás he tenido alguno que en piedad se pudiera comparar con Domingo. Era niño en los años, pero juicioso como un hombre maduro. Su diligencia y asiduidad en el estudio y su afabilidad le granjeaban el afecto de su maestro y de sus compañeros. Cuando le veía en la iglesia, quedaba maravillado de su recogimiento. Más de una vez dije para mí:—He aquí un alma inocente que goza ya de las delicias del paraíso y que con sus afectos parece habitar con los ángeles del cielo.» Entre los hechos que refiere su maestro es de notar particularmente el siguiente:



«Un día se cometió entre mis alumnos una falta, y era tal, que el culpado merecía la expulsión de la escuela. Los delincuentes previnieron el golpe, y presentándose al maestro, de común acuerdo echaron la culpa al buen Domingo. Yo no llegaba a persuadirme de que Domingo fuera capaz de semejante falta; pero supieron los acusadores dar tal color de verdad a la calumnia, que hube de creerles. Entré por tanto en la escuela justamente indignado por el desorden acaecido; hablé del culpable en general; y vuelto luego a Savio, ¿y esta falta, le dije, la habías de cometer tú? ¿no merecerías que te expulsara al instante de la escuela? Da gracias a Dios, que es la primera vez que la cometes, pero haz que sea también la última.» A Domingo le habría bastado una sola palabra para disculparse y dar a conocer su inocencia; mas calló, bajó la cabeza y como si tuviera la reprensión bien merecida no levantó los ojos.

»Pero como Dios protege a los inocentes, al día siguiente fueron descubiertos los verdaderos culpables. Lleno de pesar por las reprensiones hechas a Savio, le llamé aparte, y le pregunté:—Domingo, ¿por qué no me dijiste que eras inocente? El me respondió:—Porque habiendo ya el culpable cometido otras faltas, tal vez hubiera sido echado de la escuela; en cuanto a mí esperaba ser perdonado, siendo la primera falta de que se me acusaba. Además pensaba también en nuestro divino Salvador, que fué tan injustamente calumniado.

»Callé entonces, pero todos admiraron la paciencia y virtud de Domingo, que había sabido devolver bien por mal, hasta estar dispuesto a soportar un grave castigo en favor de su mismo calumniador.»

## CAPITULO VII

*Mis primeras relaciones con él.—Curiosos episodios a que dieron lugar.*

Las cosas que voy a narrar puedo referirlas con mayor número de circunstancias, pues que de casi todas fuí testigo ocular, y las más de las veces acaecieron en presencia de una multitud de jóvenes acordados en afirmarlas. Corría el año de 1854 cuando el señor Cugliero vino a hablarme de un alumno suyo, digno de particular atención por su ingenio y piedad. Aquí en esta casa, me dijo, es posible que tenga usted jóvenes que le igualen; pero ninguno que le supere en talento y virtud. Obsérvelo usted y verá que es un S. Luis. Quedamos en que me lo mandaría a Murialdo, adonde yo solía ir con los niños para darles algunos días de asueto y celebrar al mismo tiempo la novena y la solemnidad de la Santísima Virgen del Rosario.

Era el primer lunes de octubre, muy temprano, cuando vi aproximarse un niño acompañado de su padre para hablarme. Su rostro alegre, y su porte risueño y respetuoso, atrajeron mi atención.

—¿Quién eres, le dije, de dónde vienes?

—Yo soy, respondió, Domingo Savio, del cual ha hablado a usted el señor Cugliero, y vengo de Mondonio.

Como tratara entonces de hacerme cargo de lo que había estudiado, y del tenor de vida que hasta entonces había llevado, reconocí en aquel niño un corazón en todo conforme al Corazón del Señor, y quedé no poco maravillado al considerar cuánto le

había ya favorecido la divina gracia a pesar de sus pocos años.

Después de una prolongada conversación, y antes que yo llamara a su padre, me dirigió estas textuales palabras:—Y bien ¿qué le parece? ¿Me lleva con usted a Turín a estudiar?

—Ya veremos, me parece que bueno es el paño.

—¿Y para qué podrá servir el paño?

—Para hacer un lindo traje y regalarlo al Señor.

—Pues bien: yo soy el paño; usted será el sastre; lléveme, pues, con usted, y hará de mí el traje que desea para el Señor.

—Mucho me temo que tu debilidad no te permita continuar los estudios.

—No tema usted: El Señor, que hasta ahora me ha dado salud y gracia, me ayudará también en adelante.

—Y ¿qué piensas hacer cuando hayas terminado las clases de latinidad?

—Si me concediera el Señor tanto favor, desearía ardientemente abrazar el estado eclesiástico.

—Está bien; quiero probar si tienes capacidad para el estudio: toma este librito (era una entrega de las *Lecturas Católicas*), estudia hoy esta página y mañana me la traerás aprendida. Dicho esto, dejéle en libertad para que fuera a recrearse con los demás niños, y púseme a hablar con su padre. No habían pasado aún ocho minutos, cuando sonriendo se me presenta Domingo y me dice:—Si usted quiere, le doy ahora mismo la lección. Tomé el libro y quedé sorprendido al ver que no sólo había aprendido casi al pie de la letra la página que le había señalado, sino que entendía también perfectamente el sentido de ella.



—Muy bien : le dije, te has anticipado en estudiar la lección, y yo me anticiparé en darte la contestación. Sí, te llevaré a Turín y desde luego te cuento como uno de mis hijos ; empieza, pues, a rogar también por mí al Señor, para que nos ayude a cumplir su santa voluntad.

No sabiendo cómo expresar mejor su alegría y gratitud, tomóme la mano, me la estrechó y besó varias veces, y me dijo después :—Espero portarme de tal modo, que jamás tenga que quejarse de mi conducta.

## CAPITULO VIII

*Su llegada al Oratorio de S. Francisco de Sales.—  
Su primer tenor de vida.*

Es propio de la edad juvenil mudar a menudo de propósito y voluntad, sucediendo no pocas veces que hoy quiere una cosa, mañana otra, hoy practica una virtud en grado eminente y mañana todo lo contrario. Y de aquí que, si no hay quien vele atentamente sobre ella, acaba con pésimos resultados una educación que hubiera sido de las más brillantes y felices. No pasó esto con nuestro Domingo, pues que todas las virtudes que vimos brotar y crecer en él durante las vicisitudes de su vida, aumentaron siempre maravillosamente sin que una fuese detrimento de la otra.

Cuando hubo llegado al Oratorio vino a mi cuarto para entregarse, como él decía, enteramente en manos de los superiores. Su vista se fijó desde luego en un cartel que tenía escrito con grandes letras las

siguientes palabras, que solía repetir S. Francisco de Sales: *Da mihi animas coetera tolle*. Pusóse a leerlas atentamente, y como yo deseaba mucho que entendiera lo que significaban, le ayudé a conocer el sentido: *Oh, Señor, dadme almas y llevaos lo demás*. Reflexionó Domingo un momento, y luego añadió:— Ya entiendo; aquí no se trata de hacer negocio con dinero, sino de salvar almas; yo espero que también la mía entrará en este comercio.

Su método de vida fué por algún tiempo el más ordinario; ni otra cosa se veía en él, sino una gran observancia del reglamento de la casa. Aplicándose con empeño al estudio, atendía con ardor a todos sus deberes y escuchaba con particular gusto los sermones. Tenía siempre presente que la palabra de Dios es la guía del hombre en el camino del cielo; y por tanto, las máximas que oía en un sermón eran para él recuerdos indelebles que jamás olvidaba.

Toda instrucción moral, por larga que fuera, la oía con grandísimo placer, y si algo no entendía bien, iba luego a una u otra persona para saber la explicación de ello. De aquí tuvo comienzo aquella vida ejemplarísima, aquel continuo progreso de virtud en virtud y aquella exactitud en el cumplimiento de sus deberes, que difícilmente pueden aventajarse.

Para conocer bien el reglamento del colegio procuraba con buena maña acercarse a alguno de sus superiores; le interrogaba y pedíale luz y consejo suplicándole que tuviese la bondad de avisarle siempre que le viese faltar en sus deberes. Ni era menos de alabar el modo de conducirse con sus compañeros. ¿Veía a alguno travieso, negligente en el cumplimiento de sus deberes o descuidado en la piedad? Domingo huía de él. ¿Veía a otro, ejemplar, estu-

dioso, diligente, alabado por el maestro? Este era en breve el amigo íntimo de Domingo.

En la proximidad de la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, el Director acostumbraba hacer cada noche una exhortación a los niños para que tratasen de celebrarla de un modo digno de la gran Madre de Dios, insistiendo especialmente en que cada uno de ellos pidiera a esta celestial protectora la gracia que sabía le era de mayor necesidad.

Corría el año de 1854; todo el mundo cristiano se hallaba en una como espiritual agitación, como quiera que en Roma se trataba de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción de María. Nosotros también hacíamos cuanto permitía nuestra condición para celebrar esta solemnidad con decoro y con aprovechamiento espiritual de los niños.

Domingo era uno de los que más ardían en deseos de celebrarla santamente.

Escribió, pues, nueve florecillas, o bien nueve actos de virtud, con el propósito de practicar una cada día sacado a suerte. Hizo con grandísimo consuelo de su alma una confesión general y comulgó con el mayor recogimiento.

En la tarde de aquel día, 8 de diciembre, terminadas las funciones sagradas, fué por consejo de su confesor ante el altar de María, renovó allí las promesas hechas en su primera comunión y repitió después muchas veces estas mismas palabras:—María, os doy mi corazón; haced que sea para siempre vuestro. Jesús y María, sed siempre mis amigos; pero por vuestro amor haced que muera mil veces, antes que tenga la desgracia de cometer un solo pecado.

De este modo, tomando a María por sostén de su piedad, su conducta moral apareció tan edificante y

adornada de tales actos de virtud que comencé desde entonces a anotarlos para no olvidarme de ellos.

Al llegar a este punto de la narración de la vida de Domingo, se presenta ante mí un conjunto de actos de virtudes que no merece menos especial atención del que escribe que del que lee; por cuya razón y para mayor claridad, juzgo conveniente ir exponiendo las cosas, no según el orden del tiempo, sino según la analogía de los hechos que guardan entre sí especial relación, o bien tienen referencia a una misma materia. Dividiré, pues, ésta, en varios capítulos, comenzando por el estudio del latín, que fué el principal motivo porque vino al Oratorio de Valdocco.

## CAPITULO XI

*Estudia el latín.—Curiosos incidentes.—Su conducta en la clase.—Impide una pelea.—Evita un peligro.*

Había Domingo estudiado los principios de la gramática latina en Mondonio, por lo que, con su asidua aplicación al estudio y su capacidad no común, pudo en breve tiempo pasar a la cuarta de Humanidades, o sea la segunda clase de Gramática Latina. Cursó esta clase bajo la enseñanza del caritativo profesor don José Bonzanino, pues que en aquel entonces no se habían establecido en el Oratorio más que las clases elementales. Debería exponer aquí también con las palabras de sus correspondientes maestros cuál era su conducta, su adelanto y su buen ejemplo, mas me limitaré a referir algunas cosas, que en este año de latinidad y en los dos siguientes fueron notadas con particular

admiración de los que le conocieron. El profesor Bonzanino, más de una vez hubo de decir que no recordaba haber tenido un alumno más atento, más dócil, más respetuoso que Savio; porque era en todo un modelo. En el vestido y en el peinado no tenía ninguna afectación, pero en su modesto traje y en su humilde estado presentábase siempre aseado, bien educado, cortés, de modo que hasta sus compañeros de acomodada posición, que en buen número iban a aquella escuela, alegrábanse mucho de poder entretenerse con Domingo, no sólo por su ciencia y piedad, sino también por sus finos modales y agradable trato. Y si el profesor veía un alumno hablador poníale al lado de Domingo, el cual se daba traza para inducirle al silencio, al estudio y al cumplimiento de sus deberes.

En el curso de este año la vida de Domingo nos presenta un rasgo que raya en heroico y que apenas parece creíble en un niño de tan corta edad. Dos de sus condiscípulos llegaron a una riña muy peligrosa: comenzaron por decirse mutuamente palabras ofensivas; a los insultos se siguieron las villanías, y se desafiaron por fin a hacer valer sus razones a pedradas. Domingo llegó a descubrir aquella discordia; mas ¿cómo podía impedirla siendo los dos rivales mayores que él en fuerza y edad? Trató de persuadirlos a que desistieran de su propósito, observándoles que la venganza es contraria a la razón y a las santas leyes de Dios; escribió cartas a uno y a otro; los amenazó con referir la cosa al profesor y a sus padres; pero todo en vano: estaban sus ánimos de tal suerte exasperados, que desoían todo buen consejo. A más del peligro de causarse algún daño ofendían gravemente a Dios. Domingo estaba sumamente



intranquilo, deseaba evitar el mal, y no sabía cómo; pero Dios le inspiró el medio. Los esperó al salir de la escuela y así que pudo hablar a entrambos les dijo:

—Pues que persistís en vuestro bárbaro empeño, os ruego que al menos aceptéis una condición.

—La aceptamos—respondieron—, con tal que no impida el desafío.

—Es un bribón—dijo luego uno de ellos.

—Y yo no haré las paces—replicó el otro—hasta haberle roto la cabeza.

Domingo temblaba al oír tan brutal altercado: con todo, deseando impedir mayores males se contuvo y dijo:

—La condición que voy a poner no impedirá el desafío.

—¿Cuál es?

—Prefiero decíroslo allá en el punto mismo donde queréis combatir a pedradas.

—Tú te chanceas, y tratas de ponernos algún estorbo.

—Iré con vosotros y no os engañaré: estad seguros.

—Tal vez querrás ir para llamar a alguno.

—Debería hacerlo, mas no lo haré. Vamos; secundaré vuestras intenciones. Cumplid tan sólo vuestra palabra.

Se lo prometieron, y encamináronse a los llamados *Prados de la ciudadela*, fuera de la puerta Susa.

El odio de los contendientes era tal que a duras penas pudo impedir Domingo que viniesen a las manos durante el corto camino que habían de andar.

Llegados al lugar designado, Domingo hizo lo que nadie jamás habría imaginado. Dejóles que se pusiera a cierta distancia; y ya tenían las piedras en las manos, cuando les habló así:

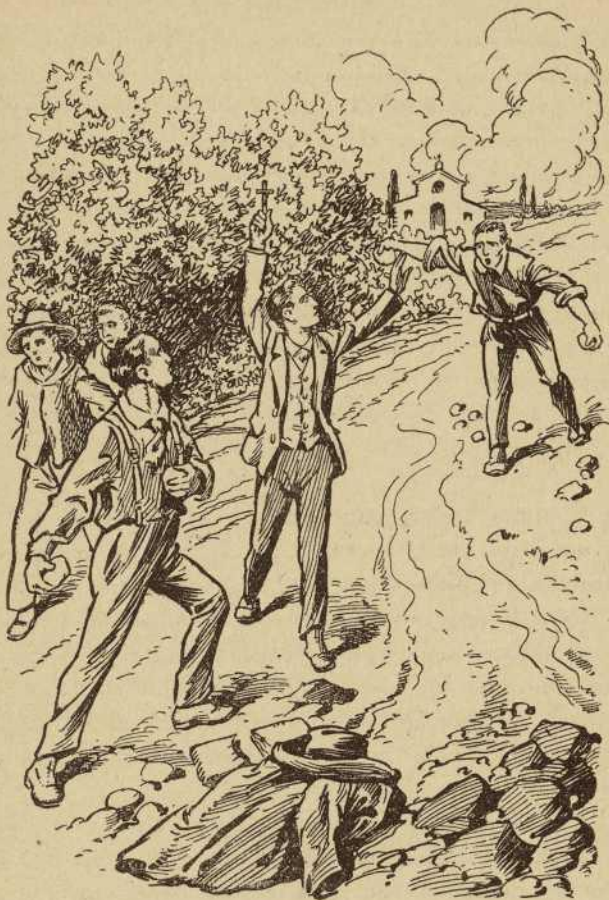
—Antes que empecéis el desafío quiero que cumpláis la condición que habéis aceptado. Y en diciendo esto sacó un pequeño crucifijo que llevaba al cuello y teniéndole en alto con una mano:—Quiero, dijo, que ambos a dos fijéis vuestras miradas en este crucifijo, y arrojando luego una piedra contra mí digáis en voz alta y clara estas palabras: Jesucristo murió perdonando a los que le crucificaban, y yo, pecador, quiero ofenderle y vengarme bárbaramente.

Dicho esto se arrodilló ante el que se mostraba más enfurecido diciéndole:—Descarga sobre mí el primer golpe; tírame una pedrada en la cabeza.

Este, que no esperaba tal propuesta, comenzó a temblar.—No—contestó—, jamás. Tú no me has ofendido, y eres mi amigo.—Apenas Domingo oyó esto, fué al otro y repitiéndole las mismas razones, le dejó también desconcertado:—Jamás te haré mal alguno—le contestó.

Domingo entonces púsose en pie, y con semblante severo y conmovido:—¡Cómo!—les dijo—; ¿estáis los dos dispuestos en favor mío, aunque soy miserable criatura, y para salvar vuestras almas, que cuestan la sangre del Salvador, a quien vais a ultrajar con este pecado, no sabéis perdonaros una injuria hecha en la escuela? Dicho esto conservó levantado el Crucifijo.

Ante este espectáculo de caridad y de abnegación



— Quiero, dijo, que ambos a dos fijéis vuestras miradas... (Pág. 32).



los dos compañeros se dieron por vencidos. «—En aquel momento, asegura uno de ellos, yo me sentí conmovido; un sudor frío me bañó de pies a cabeza, y me llené de vergüenza por haber obligado a tan buen amigo a usar medios tan extremos para impedir nuestro malvado intento. Queriéndole dar al menos una señal de agradecimiento, perdoné de todo corazón al que me había ofendido y rogué a Domingo que me indicara algún paciente y caritativo sacerdote a quien acusar mi falta. Satisfizo mi deseo, y algunos días después fuí con mi rival a confesarme. De este modo, después de ser nuevamente amigo suyo, me reconcilié con el Señor, a quien había ofendido gravemente.»

Ejemplo es éste muy digno de ser imitado por los jóvenes cristianos, siempre que les ocurra ver a sus prójimos dispuestos a tomar venganza.

Pero lo que en esta acción honra singularmente la conducta y la caridad de Domingo, es el silencio que supo guardar acerca de lo que había sucedido; y todo se hubiera ignorado, si los mismos que tomaron parte en el hecho no lo hubiesen narrado repetidas veces.

La ida al colegio y la vuelta de él, que es cosa tan peligrosa para los niños que de las aldeas pasan a las grandes ciudades, fué para nuestro Domingo un verdadero ejercicio de virtud. Constante en cumplir las órdenes de sus superiores, iba a la escuela y volvía a casa sin dar oído ni mirar nada que fuese inconveniente o impropio de un niño cristiano. Si veía a alguno detenerse, correr, saltar, tirar piedras o pasar

por donde no estaba permitido, al punto se alejaba de él. Un día fué invitado a dar un paseo sin permiso, otra vez aconsejéronle que dejase la clase y que fuera a divertirse; pero supo siempre rehusar.— Mi mejor diversión—les respondió—es el cumplimiento de mis deberes, y si sois verdaderos amigos míos, debéis exhortarme a cumplirlos con exactitud y a no descuidarlos jamás.

Con todo, tuvo la desgracia de tener compañeros tales y que tanto le molestaron, que estuvo a punto de caer en los lazos que le tendían. Había ya resuelto cierto día irse con ellos y dejar la clase; pero a poco andar reflexionó y comprendió que seguía un mal consejo, por lo que con gran remordimiento, dijo a sus perversos consejeros:—Amigos, el deber me impone que vaya a la escuela y quiero ir; no hagamos 'cosas que no agradan a Dios y a nuestros superiores. Estoy arrepentido de lo que he hecho; si me dáis otra vez consejos como éste, dejaréis de ser amigos míos.

Aquellos niños, escuchando el aviso de Domingo, fueron con él a la escuela y en lo sucesivo jamás trataron de apartarle del cumplimiento de sus deberes. Al terminar el año, Domingo mereció ser contado entre los sobresalientes por su conducta y aplicación, y pasar a clase superior. Pero a principios del tercer año de Gramática, como se hallase su salud algo quebrantada, se juzgó más conveniente hacerle seguir el curso privadamente en la casa del Oratorio, para poderle prestar los debidos cuidados. En el año primero de Retórica, pareciendo que se había restable-

cido suficientemente, fué enviado a las clases del benemérito profesor don Mateo Vico. Varias veces, este señor había oído hablar de las bellas cualidades que adornaban a Domingo, así es que de buen grado le recibió gratuitamente en su clase, que pasaba por una de las mejores de la ciudad.

Muchas son las cosas edificantes dichas y hechas por Domingo durante este nuevo curso, y las iré exponiendo a medida que narre los hechos con los cuales se enlazan.

## CAPITULO X

### *Su resolución de ser santo*

Dada ya una idea de los estudios de Domingo en las clases de latinidad, hablaremos de la grande resolución que tomó de santificarse.

Ya hacía seis meses que se hallaba en el Oratorio cuando se hizo allí una plática sobre lo fácil que es llegar a ser santo. El predicador detúvose en desarrollar tres pensamientos que causaron profunda impresión en el ánimo de Domingo, a saber: es voluntad de Dios que todos seamos santos; es muy fácil alcanzarlo, y al santo le está preparado un gran premio en el Cielo. Aquella plática fué para Domingo como una chispa que le inflamó el corazón. Por algunos días no dijo nada; pero estaba menos alegre de lo que solía, de suerte que hubimos de notarlo sus compañeros y yo. Pensando que esto proviniese de

nueva indisposición de su salud, le pregunté si padecía algún malestar.—Antes al contrario, me dijo,—¿Qué quieres decir?—Quiero decir que siento como un deseo y necesidad de ser santo: jamás creía yo que uno podía llegar a ser santo con tanta facilidad; pero ahora que tengo entendido que uno puede muy bien ser santo estando siempre alegre, quiero absolutamente y tengo absoluta necesidad de ser santo. Dígame, pues, cómo he de conducirme para dar comienzo a tal empresa.

Alabé su propósito, pero le exhorté a que no se turbara, porque en la turbación del ánimo no se conoce la voz del Señor; antes bien, que se requería, en primer lugar una constante y moderada alegría: le exhorté a perseverar en el cumplimiento de sus deberes de piedad y estudio, y que jamás dejase de tomar parte en la recreación con sus compañeros.

Díjele un día que quería obsequiarle con algo que fuese de su agrado, mas que era mi voluntad hiciese él mismo la elección.—El regalo que le pido—me interrumpió prontamente—es que me ayude a ser santo. Quiero entregarme enteramente al Señor para siempre; siento un vivo deseo de santificarme. Dios quiere que sea santo, y tal he de ser.

En otra ocasión en que el Director quería dar una muestra de especial afecto a los niños de la casa, dióles licencia de pedir, por medio de un billete, cualquier cosa que estuviese a su alcance concederles, prometiendo complacerlos. Ya puede el lector imaginar fácilmente los ridículos y extravagantes pedidos de unos y otros. Domingo, tomando un papel, escribió

estas palabras:—Pido que salve mi alma y me santifique.

Un día que se estaban explicando algunas palabras según su etimología:—Domingo—dijo él— ¿qué significa? Se le respondió:—*Domingo* quiere decir *del Señor*.—Vea usted—añadió luego—si tengo razón en pedirle que me santifique; hasta el nombre dice que yo soy del Señor; luego, yo debo y quiero ser santo, y no seré feliz mientras no sea santo.

El deseo ardiente que mostraba de ser santo, no provenía de que no llevase una vida verdaderamente santa, sino que decía esto porque quería hacer rigurosas penitencias y estar largas horas en oración, lo que el Director le había prohibido por no poder soportarlo su edad, ni su salud y ocupaciones.

## CAPITULO XI

### *Su celo por la salvación de las almas*

Lo primero que se le aconsejó para llegar a ser santo, fué que trabajase en ganar almas para Dios; pues que no hay cosa más santa en esta vida que cooperar con Dios a la salvación de las almas, por las cuales derramó Jesucristo hasta la última gota de su preciosísima Sangre. Conoció Domingo la importancia de esta práctica, y más de una vez se le oyó decir:—¡Cuán feliz sería si pudiese ganar para Dios a todos mis compañeros! No dejaba, entre tanto, pasar



ocasión de dar buenos consejos, y amonestar a quien en sus palabras o acciones ofendía a Dios.

Pero lo que le causaba grande horror y acarrecaba no poco daño a su salud, era la blasfemia y el oír pronunciar en vano el santo nombre de Dios. Si, pues, le ocurría oír por las calles de la ciudad o en cualquier otra parte tales palabras, lleno de pesar y conmovido decía:—¡Alabado sea Jesucristo!

Pasando cierto día por una de las plazas de la ciudad, vióle un compañero quitarse el sombrero y pronunciar en voz baja algunas palabras.—¿Qué haces—le dijo,—qué dices?—¿No has oído?—le respondió Domingo—: aquel carretero acaba de prorrumpir una blasfemia. Si no fuera indiscreción, iría a rogarle que no volviera a repetirlo; pero como temo que diga peores cosas, me limito a quitarme el sombrero y decir: ¡Alabado sea Jesucristo! y esto lo hago con ánimo de reparar de alguna manera la injuria hecha al nombre santo del Señor.

Admiróse el compañero de la piedad de Domingo, y aun ahora cuenta este episodio para honra de su amigo y edificación de todos.

Al volver del colegio oyó una vez a un hombre, ya entrado en años, proferir una horrible blasfemia. Domingo se estremeció, bendijo al Señor en su corazón e hizo luego lo que es verdaderamente digno de admiración. Muy comedido y respetuoso, acercóse al atrevido blasfemo, y le preguntó si sabría indicarle dónde estaba el Oratorio de San Francisco de Sales. El otro, al ver aquel semblante angelical, depuso su furor y le contestó:

—Buen niño, siento mucho no saberlo.

—¡Ah!, y pues ya que no sabe esto ¿no podría usted hacerme otro favor?

—¿Cómo que no? ¡De mil amores!

Domingo acercósele cuanto pudo al oído y bajito para que otros no le oyeran :

—Usted—le dijo—me hará un gran favor si en su enojo se abstiene de blasfemar el santo nombre de Dios.

—¡Bravo!—respondió aquel hombre lleno de admiración—tienes mucha razón : es un vicio maldito que debo y quiero vencer a toda costa.

Sucedió un día que un niño de unos nueve años, habiéndose puesto a disputar con un compañero junto a la puerta del Oratorio, profirió en la contienda el adorable nombre de Jesucristo. Domingo, al oírle, si bien sintió en su corazón una justa indignación, con todo, con ánimo sereno se interpuso entre aquéllos, y los apaciguó ; en seguida dijo al que había pronunciado el santo nombre de Dios en vano :—Ven conmigo y no te arrepentirás. Tomóle de la mano, llevóle a la iglesia ante el altar e hízole luego arrodillarse a su lado diciéndole :—Pide perdón a Dios de la ofensa que le has hecho nombrándole en vano. Y como el niño no supiese el acto de contrición, lo recitó juntamente con él, y luego añadió :—Di conmigo estas palabras para reparar la injuria que has hecho a Jesucristo : ¡ Alabado sea Jesucristo y que su santo y adorable nombre sea siempre alabado !

Leía con preferencia la vida de aquellos santos que habían trabajado especialmente por la salvación

de las almas. Hablaba gustoso de los misioneros que trabajan en lejanas regiones por la conversión de los infieles, y, no pudiendo enviarles socorros materiales, dirigía al Señor algunas plegarias cada día y al menos una vez a la semana ofrecía por ellos la comunión.

Más de una vez le oí exclamar:—¡Cuántas almas esperan en Inglaterra nuestros auxilios! quisiera ir ahora mismo y con sermones y buen ejemplo convertir las todas a Dios. Quejábase a menudo consigo mismo y también hablando con sus compañeros, de que muchos tienen poco celo por instruir a los niños en las verdades de la fe.—Apenas sea acólito, decía, quiero irme a Mondonio, para reunir a todos los niños y enseñarles el catecismo, contarles muchos ejemplos edificantes y trabajar por la santificación de todos ellos. ¡Cuántos niños desgraciados se condenan eternamente por falta de quien los instruya en la fe!

Lo que decía con palabras confirmábalo con los hechos, pues, según lo permitían su edad e instrucción, enseñaba con placer el catecismo en la iglesia del Oratorio, y si alguno tenía necesidad, le enseñaba en cualquier hora del día y en cualquier día de la semana con el único objeto de platicar de cosas espirituales y hacer conocer cuánto importa la salvación del alma.

Un día quería un compañero indiscreto interrumpirle mientras narraba a otros un ejemplo edificante durante el recreo.—¿Qué te importa eso a tí?, le dijo a Domingo.—¿Qué me importa?, respondió, me importa porque el alma de mis compañeros ha sido redimida con la sangre de Cristo; me importa porque somos todos hermanos y como tales debemos reci-

procamente amar nuestras almas ; me importa porque Dios manda que nos ayudemos unos a otros para salvarnos, y me importa porque, si llego a salvar un alma, aseguro la salvación de la mía.

Ni tampoco se entibiaba esta solicitud por el bien de las almas durante las vacaciones, que iba a pasar con su familia. Cualquier estampa, medalla, crucifijo, librito u otro objeto que hubiese ganado en la clase o en el catecismo, guardábalo cuidadosamente para el tiempo de vacaciones ; y, especialmente, antes de salir del Oratorio, solía pedir a los superiores que le diesen algunos objetos de piedad para entretener alegremente, como él decía, a sus amiguitos de juego.

No bien llegaba a su aldea veíase desde luego rodeado de niños de su edad, más pequeños y también mayores, que tenían grandísimo gusto en divertirse con él. Y distribuyéndoles entonces sus regalillos, excitábales a estar atentos a las preguntas que les hacía, ora sobre el catecismo, ora sobre sus propios deberes, y así, con tan buenos modos, conseguía llevar muchos al catecismo, al rosario y a otras prácticas piadosas.

Se me asegura que empleó no poco tiempo para instruir a un compañero.—Si aprendes, decíale, a hacer bien la señal de la cruz, te regalaré esta medalla, y luego te recomendaré a un sacerdote para que te dé un hermoso libro. Pero quisiera que la hicieses bien, y que mientras dices las palabras, llevaras la mano derecha desde la frente hasta el pecho, y del hombro izquierdo al derecho, y terminarás cruzando luego el dedo pulgar sobre el índice y besando la cruz que se forma, diciendo Amén. Deseaba ardientemente que



*...llevaras la mano derecha desde la frente... (Pág. 42).*

esta señal de nuestra redención se hiciera bien, él mismo hacía muchas veces en presencia de otros e invitábalos a que hicieran lo mismo.

A más de la exactitud en el cumplimiento de sus deberes, encargábase del cuidado de dos hermanitos suyos, a quienes enseñaba a leer, escribir, estudiar el catecismo y rezar las oraciones de la mañana y de la noche. Llevábalos a la iglesia, les daba el agua bendita y enseñábales el verdadero modo de hacer la señal de la cruz. El tiempo que otro habría pasado divirtiéndose, lo empleaba contando ejemplos de edificación a su familia o a sus compañeros. También en su aldea solía visitar todos los días el Santísimo Sacramento; y era para él una verdadera alegría cuando podía inducir a algún amigo a que le acompañase. Por lo que bien puede decirse que no dejaba pasar ocasión alguna de hacer una buena obra o de dar un buen consejo.

## CAPITULO XII

*Varios episodios.—Buenos modales en el trato con sus compañeros*

El pensamiento de ganar almas para Dios le acompañaba a todas partes. Era el alma de las recreaciones, siendo de notar que en cuanto decía o hacía miraba constantemente al provecho moral suyo o de su prójimo. Siempre tenía presente aquel principio de urbanidad de no interrumpir a los demás cuando están

hablando; pero si los compañeros callaban, hacía recaer la conversación sobre materias de estudio, tal como historia, aritmética, tec., y tenía a mano mil cuentecillos que hacían agradable su trato y compañía. Si oía murmurar a alguno, luego le interrumpía con un chiste, o bien con una conseja o cosa parecida para mover a risa, y desviar así la conversación de la murmuración e impedir la ofensa de Dios.

Su semblante alegre, su índole vivaz, le hacían querer de sus compañeros, aun de los menos amantes de la piedad; de modo que todos gozaban en tenerle a su lado y recibían gustosos los avisos que de vez en cuando les daba.

Un día deseaba un compañero suyo disfrazarse.—¿Y te gustaría, le dijo Domingo, ser realmente tal como quieres disfrazarte, con dos cuernos en la frente, un palmo de narices y vestido de arlequín?—Jamás, respondió el otro.—Pues entonces, si no quieres tener esas trazas, ¿por qué quieres parecer tal y afeár así el buen porte que Dios te ha dado?

En cierta ocasión sucedió que un hombre se metió entre los niños que se divertían, y dirigiéndose a uno de ellos, púsose a hablar en alta voz, de suerte que todos los circunstantes podían oírle; y para atraer a los demás comenzó a contar bufonadas e historietas propias para mover a risa. Los niños, movidos de la curiosidad, en breve se apiñaron a su alrededor; pero no bien se vió así rodeado, hizo caer el discurso sobre materia de religión y comenzó a vomitar barbaridades que horrorizaban, burlándose de las cosas más santas y diciendo infamias de todas las perso-

nas eclesiásticas. Algunos de los presentes, no pudiendo aguantar tanta impiedad, y no osando refutarle se contentaron con retirarse, en tanto que un buen número de incautos continuaban escuchándole. Llegó casualmente Domingo, y luego que conoció de qué se trataba, venciendo todo respeto humano, dijo a sus compañeros:—Vámonos, dejemos solo a este infeliz que intenta robar nuestras almas. Los niños, obedientes a la voz de Domingo, se apartaron al punto de aquel emisario del demonio, que al verse de tal manera abandonado de todos se marchó para no volver.

En otra ocasión varios niños tenían decidido ir a bañarse, en lo que si hay en todas partes grandes peligros, los hay mayores en los alrededores de Turín, donde, a más de los que se ofrecen a la moralidad, encuéntranse aguas muy profundas e impetuosas donde los niños son muy a menudo víctimas de su afición a nadar. Lo supo Domingo y trató de hacerles variar de propósito; mas cuando los vió decididos a ir a bañarse, les habló resueltamente de esta manera:

—No, yo no quiero que vayáis.

—Si no hacemos mal alguno.

—Desobedecéis a vuestros superiores y os ponéis en peligro de dar o de recibir escándalo, o de ahogaros, ¿y esto no es malo?

—Pero tenemos tanto calor que no podemos soportarlo.

—Si no podéis soportar el calor de este mundo ¿podréis después sufrir el terrible calor del infierno, que merecéis yendo a bañaros?



Movidos por estas razones cambiaron de intento, pusiéronse a jugar con él, y llegada la hora, fueron a la iglesia para asistir a las funciones sagradas.

Algunos niños del Oratorio, amantes del bien espiritual de sus compañeros, uniéronse en una como sociedad para darse a la conversión de los díscolos. Domingo, que formaba parte de ella, era de los más celosos. Si tenía dulces o frutas, crucecitas, medallas, estampas o cosas semejantes guardábalas para este objeto.—¿Quién la quiere? ¿Quién la quiere?, decía en alta voz.—Yo, yo, gritaban todos corriendo a su alrededor.—Despacio, despacio, les decía, la daré al que sepa responder mejor a una pregunta de Doctrina. Entonces hacía la pregunta a los que más necesitaban de estímulo, y no bien contestaban satisfactoriamente, luego les hacía el regalito.

A otros ganábalos con diversas industrias, los invitaba a pasear y hacía les conversar, o bien jugaba con ellos. Fué visto algunas veces con un grueso bastón en los hombros, que parecía otro Hércules con la clava, jugar a la rana, vulgarmente *chirimela*, y mostrarse loco por ese juego. Pero de pronto suspendía el juego y decía al compañero:—¿Quieres que el sábado vayamos a confesarnos? El otro, que veía lejano el plazo, deseoso de continuar el juego y también por darle gusto le respondía que sí. A Domingo le bastaba eso y continuaba jugando. Pero ya no le perdía de vista, y todos los días o por un motivo o por otro le recordaba aquel sí e íbale entre tanto enseñando el modo de confesarse bien. Llegado el sábado, cual cazador que ha hecho buena presa, acompañá-

bale a la iglesia, confesábase él primero, y las más de las veces prevenía al confesor, y luego ayudaba al compañero a hacer la acción de gracias.

Estos hechos, que se repetían con frecuencia, eran para él de grandísimo consuelo y de grandes ventajas para sus compañeros, pues sucedía no raras veces, que un niño que no había sacado ningún fruto del sermón oído en la iglesia, rendíase después a las piadosas insinuaciones de Domingo.

Acontecía en ocasiones que alguno le engañaba con buenas palabras toda la semana, y llegado el sábado no se dejaba ver al tiempo de confesarse; pero Domingo así que le veía de nuevo decíale en chanza:

—¡Ah, bribonzuelo, buena me la hiciste!

—Pero hombre—le respondía el otro—, si no estaba preparado, no me sentía...

—¡Pobrecito!—añadía Domingo—, has complacido al demonio, que a buen seguro estará bien contento de ti; pero ahora por lo que veo estás mucho más indispuerto, y me pareces muy de mal humor. Ea, vamos, haz la prueba, vete a confesar; confiésate bien y ya verás de cuánta alegría se te llenará el corazón.

Por lo regular el que se había confesado volvía entusiasmado a Domingo:—¡De veras, decíale, de veras que estoy contento! De hoy en adelante me confesaré más a menudo.

En los colegios hay niños que suelen quedar olvidados de sus compañeros, ya por rudos e ignorantes, ya por poco comedidos y mal humorados. Estos sufren el peso del abandono, cuando más necesidad tienen del consuelo de un amigo.

Tales eran los amigos de Domingo. Acercábase a ellos, recreábalos con interesante conversación, les daba buenos consejos, y más de una vez sucedió que niños que estaban decididos a entregarse al desorden, volvieron a mejores sentimientos animados por las palabras de aliento y consuelo del amigo.

Por cuya razón todos los que estaban indispuestos pedían a Domingo por enfermero y los que se hallaban apesadumbrados sentíanse consolados exponiéndole sus cuitas. De este modo tenía siempre abierto el camino para ejercitar la caridad con el prójimo y acrecentar sus méritos ante Dios.

### CAPITULO XIII

*Su espíritu de oración.—Devoción a la Madre de Dios.—El mes de María.*

Dios le había enriquecido entre otros dones, con el de un gran fervor en la oración.

Estaba su espíritu tan habituado a conversar con Dios en todas partes, que aun en medio de las más clamorosas algazaras, recogía su pensamiento y con piadosos afectos lo elevaba a Dios.

Pero cuando rezaba, parecía verdaderamente un angelito: inmóvil y compuesto, de rodillas, sin apoyarse en ninguna parte, con suave sonrisa en el rostro, la cabeza levemente inclinada, y los ojos bajos, habríasele tomado por otro San Luis.

Bastaba verle para quedar edificado. El año 1854

el señor Conde Cays fué elegido prior de la compañía de San Luis, establecida en el Oratorio. La primera vez que tomó parte en nuestras funciones, vió a un niño que oraba con tanto recogimiento, que se sintió profundamente conmovido. Terminadas las funciones quiso informarse y saber quién era el niño que había sido objeto de su admiración: era Domingo Savio.

Dividía casi siempre el recreo en dos partes, una de las cuales empleaba en piadosas lecturas, o en alguna visita a la iglesia, en sufragio de las almas del purgatorio o en honor de María Santísima.

Su devoción hacia la Madre de Dios era grandísima. Hacía cada día alguna mortificación en su honor. Jamás fijó su mirada en el rostro de persona de otro sexo; y mientras iba por la calle nunca volvía la cabeza a un lado u otro, como acostumbraban hacerlo ciertos niños. Pasó algunas veces cerca de espectáculos públicos, que sus compañeros contemplaban con avidez; pero Domingo no los miraba; por cuya razón le riñó en cierta ocasión un compañero diciéndole: —¿Para qué tienes ojos si no te sirves de ellos para mirar esas cosas?—Quiero que me sirvan, respondió, para contemplar el rostro de nuestra celestial Madre María, cuando, con la gracia de Dios, sea digno de ir a verla en el paraíso.

Tenía especial devoción al Corazón Inmaculado de María. Todas las veces que entraba en la iglesia iba ante su altar para pedirle que le alcanzara la gracia de guardar el corazón libre de todo afecto impuro.

—María—decíale—, quiero ser para siempre hijo

vuestro ; haced que muera antes que cometer un pecado contrario a la virtud de la modestia.

Y todos los viernes escogía un recreo para irse con algunos compañeros a rezar en la iglesia la corona de los siete dolores de María, o bien las letanías de la Virgen de los Dolores.

No sólo era devoto de María Santísima, sino que se alegraba mucho cuando podía conducir a sus condiscípulos a obsequiarla con piadosos ejercicios.

Cierto sábado invitó a un compañero para que fuera con él a rezar las Vísperas de la Santísima Virgen, y como éste accediese de mala gana, diciendo que tenía frío en las manos, Domingo se sacó del bolsillo al punto los guantes, se los dió, y así fueron ambos a la iglesia.. Otro día de gran frío quitóse la capita que llevaba puesta a fin de prestársela a otro, para que fuese contento a rezar con él a la iglesia. ¿Quién podrá dejar de admirar tan generosa piedad?

En ningún tiempo era Domingo más fervoroso hacia nuestra celestial protectora que durante el mes de María. Se unía entonces con otros condiscípulos para cumplir todos los días de aquel mes alguna devoción particular a más de lo que se hacía públicamente en la iglesia. Preparaba una serie de ejemplos edificantes que poco a poco iba narrando con mucho gusto para animar a otros a ser devotos de María. Hablaba de ella a menudo en la recreación ; exhortaba a todos a confesarse, a frecuentar la santa comunión, principalmente en aquel mes, y daba el ejemplo él mismo acercándose todos los días a la mesa eucarística con singular recogimiento.

Un curioso episodio dará a conocer su devoción a

María. Los alumnos de su dormitorio deliberaron hacer a sus propias expensas un elegante altarcito, que había de servir para solemnizar la clausura del mes de María. Domingo era todo actividad en esta obra; pero cuando fueron después a recolectar la pequeña suma con la cual cada niño debía contribuir:—¡Ahora sí que estamos frescos! exclamó; para estas cosas se necesita dinero, y yo no tengo ni un céntimo en el bolsillo. Y sin embargo he de contribuir con algo de cualquier modo. Fué, tomó un libro que le habían dado de premio, y después de pedir permiso al Superior volvió lleno de alegría diciendo:—Compañeros, ya puedo concurrir yo también a honrar a María: tomad este libro, sacad de él la cantidad que podáis; ésta es mi ofrenda.

Al ver aquel acto tan espontáneo y generoso conmoviéronse sus compañeros y quisieron ellos también ofrecer libros y otros objetos. Hízose de esta manera una pequeño rifa, cuyo producto fué más que suficiente para cubrir los gastos que ocurrían.

Terminado el altar deseaban los niños celebrar la fiesta con la mayor suntuosidad. Cada cual andaba muy solícito en los preparativos; mas como no se pudiesen terminar tan pronto, fué menester trabajar la noche precedente a la fiesta.—Yo, dijo Domingo, pasaré muy gustoso toda la noche trabajando. Pero sus discípulos le instaron para que se acostase, porque estaba aún convaleciente de una enfermedad, y como no quería acceder, sólo fué a la cama por obediencia.—Al menos, dijo a uno de sus compañeros, apenas esté todo terminado, ven luego a despertarme

para que pueda ser de los primeros en contemplar el altar adornado en honor de nuestra querida Madre.

## CAPITULO XIV

### *De cómo frecuentaba los sacramentos de la confesión y comunión.*

Está probado por la experiencia, que el mejor sostén de la juventud es la frecuencia de los sacramentos de la confesión y comunión. Dadme un niño que se acerque a estos sacramentos y le veréis crecer en su juventud, llegar a la edad viril y alcanzar, si Dios lo quiere, la más avanzada ancianidad con una conducta que servirá de ejemplo a cuantos le conozcan.

Antes que Domingo viniera al Oratorio se acercaba a estos sacramentos una vez al mes, como se acostumbraba en los colegios. Más tarde los recibía con más frecuencia; pero oyó cierto día predicar esta máxima: «Si queréis, oh niños, perseverar en el camino del cielo, os aconsejo tres cosas: acercáos a menudo al sacramento de la confesión, frecuentad la santa comunión y elegíos un confesor a quien abráis enteramente vuestro corazón, y no lo cambiéis jamás sin necesidad.» Domingo comprendió la importancia de estos consejos.

Comenzó por elegirse un confesor con el cual se confesó regularmente en todo el tiempo que estuvo entre nosotros. Y para que pudiese su confesor formarse un juicio cabal de su conciencia, quiso hacer

con él la confesión general. Comenzó a confesarse de quince en quince días, después cada ocho días, comulgando con la misma frecuencia. Viendo el confesor cuán grande era su aprovechamiento en las cosas espirituales, le aconsejó que comulgara tres veces por semana, y al cabo de un año le permitió la comunión cotidiana.

Fué por algún tiempo dominado por los escrúpulos, por cuya razón quería confesarse cada cuatro días y más a menudo aún; pero su director espiritual no se lo permitió y le impuso por obediencia la confesión semanal.

No sólo tenía una confianza ilimitada con su director, sino que, con la mayor sencillez trataba con él de cosas de conciencia también fuera de confesión. Hubo quien le aconsejó que cambiara alguna vez de confesor; pero no quiso nunca hacerlo.—El confesor, decía, es como el médico del alma, y no se suele cambiar de médico sino por falta de confianza en sus cuidados, o porque el caso es desesperado; y yo no me hallo en tales condiciones. Tengo la más completa confianza en mi confesor, el cual con paternal bondad y solicitud cuida del bien de mi alma; ni veo en mí mal alguno que él no pueda curar. Con todo, aconsejóle su director mismo que cambiase alguna vez de confesor, y principalmente con ocasión de los ejercicios espirituales, y entonces obedecía prontamente sin oponer la menor dificultad.

Domingo estaba contento de sí mismo.—Si tengo en mi corazón alguna pena, solía decir, voy a mi confesor, que me aconseja según la voluntad de Dios;



puesto que Jesucristo dijo que la voz del confesor es para nosotros la voz de Dios. Y si deseo algo grande voy a recibir la santa hostia en la cual hállase *Corpus quod pro nobis traditum est*, es decir: aquel Cuerpo mismo, Sangre, Alma y Divinidad que Jesucristo ofreció por nosotros en la cruz a su Eterno Padre. ¿Qué me falta para ser feliz? Nada en este mundo: sólo me resta gozar sin velos en el cielo de aquel mismo Dios, que ahora con los ojos de la fe contemplo y adoro en este sacramento.

Con tales pensamientos pasaban verdaderamente felices los días de Domingo. De aquí provenía aquella alegría, aquel gozo celestial que se notaba en todas sus acciones. Ni se crea que no comprendiese la importancia de lo que hacía, y que no tuviese un tenor de vida cristiana, cual conviene a quien desea comulgar frecuentemente, pues su conducta era irreprochable. Yo invité a sus compañeros a que me dijieran si en los tres años que estuvo entre nosotros habían notado en él algún defecto o que le faltase alguna virtud, pero todos unánimes aseguraron que nunca habían visto en él cosa que mereciese corrección, ni virtud que no poseyese.

El modo con que se preparaba a recibir la santa comunión era el más edificante. La noche precedente a la comunión, hacía antes de acostarse una oración a este intento y concluía siempre así:—«Sea alabado y reverenciado en todo momento el Santísimo y Divinísimo sacramento». A la mañana siguiente hacía antes de comulgar una conveniente preparación; pero la acción de gracias era ilimitada. Las más de las ve-

ces si no le llamaban, olvidábase del desayuno, del recreo y a veces hasta de la clase, quedando en oración, o mejor dicho: en la contemplación de la bondad divina, que comunica en modo tan inefable a los hombres los tesoros de su infinita misericordia.

Era para él una verdadera delicia poder pasar una hora ante Jesús Sacramentado. Iba a visitarle infaliblemente a lo menos una vez al día e invitaba a otros a que fueran en su compañía. Su oración predilecta era la corona al Sagrado Corazón de Jesús para reparar las injurias que recibe de los herejes, infieles y malos cristianos (1).

Para sacar de sus comuniones mayor fruto, y tener al mismo tiempo un nuevo estímulo para hacerlas cada día con mayor fervor, habíase establecido un fin particular para cada uno de ellos.

He aquí cómo distribuía sus comuniones durante la semana.

*El domingo*, en honor de la Santísima Trinidad.

*El lunes*, por mis bienhechores espirituales y temporales.

*El martes*, en honor de Santo Domingo y de mi Ángel Custodio.

*El miércoles*, a la Virgen de los Dolores por la conversión de los pecadores.

*El jueves*, en sufragio de las almas del purgatorio.

*El viernes*, en memoria de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

---

(1) Esta corona se halla impresa en muchos devocionarios y en el *Joven Instruido*.



*...e hizo luego señas al militar... (Pág. 58).*

*El sábado*, en honor de María Santísima para obtener su protección durante la vida y en punto de muerte.

Tomaba parte con transporte de alegría en todos los ejercicios piadosos referentes al Santísimo Sacramento. Si le acontecía encontrar el Santo Viático cuando era llevado a los enfermos, luego se arrodillaba en cualquier parte que estuviese, y si el tiempo se lo permitía lo acompañaba hasta que volvía a la iglesia. Un día que pasaba junto a él mientras llovía y estaban con barro las calles, no habiendo lugar seco, echóse de rodillas allí mismo donde estaba. Reprochóle después un compañero, diciéndole que no era necesario ensuciarse de aquel modo la ropa, y que el Señor no exigía tal cosa. Y él le respondió sencillamente que las rodillas lo mismo que los pantalones eran del Señor y que por lo tanto todo había de servir para darle honra y gloria. «Cuando pasa Jesucristo cerca de mí no sólo me arrojaría en el barro, sino que también me precipitaría en un horno, a fin de participar de este modo de aquel fuego de caridad infinita que le movió a instituir este gran sacramento.»

En una ocasión vió a un militar que estaba en pie en el momento mismo que pasaba cerca de él el Santísimo Sacramento. No atreviéndose a invitarle a que se arrodillase, sacó del bolsillo un pañuelito blanco, extendiéndolo en el suelo, e hizo luego señas al militar, como invitándole a que se sirviera de su pañuelo. Al principio aquél se mostró confuso, y dejando después a un lado el pañuelo, se arrodilló en medio de la calle.

Una fiesta del *Corpus Christi*, revestido de monaguillo, fué enviado a la procesión de la parroquia: fué para él un precioso regalo, el mayor que le podían hacer.

## CAPITULO XV

### *Sus penitencias*

Su edad, su poca salud, su inocencia, le habrían sin duda eximido de toda penitencia; pero sabía que difícilmente puede un niño conservar la inocencia sin la penitencia, y este pensamiento hacía le ver sembrada de rosas la senda espinosa de la mortificación y recogimiento de todos sus sentidos cuando oraba, en la clase, en el estudio, en el recreo. Estas eran en él continuas.

Sólo me refiero a las penitencias con que afligía su cuerpo. En su fervor habíase propuesto ayunar todos los sábados a pan y agua en honor de la bienaventurada Virgen; pero se lo impidió su confesor. Quería ayunar durante la cuaresma; pero después de una semana súpolo el Director de la casa y se lo prohibió. No se le permitían tales penitencias para que su salud delicada no se acabase de arruinar. ¿Qué hacer, pues? Como se le prohibía que se mortificara en la comida, comenzó a afligir su cuerpo de otros modos; ponía en la cama astillas de madera y pedazos de ladrillo, para que se le tornara molesto el mismo reposo; quería vestirse una especie de cilicio; mas todo se le prohibió igualmente. Imaginó entonces un nuevo medio. Dejó que se adelantara el otoño y el invierno sin aumentar el abrigo de su lecho, de suer-

te que en el rigor del invierno no tenía más cubiertas que en verano. Una mañana, que guardó cama por una indisposición, le visitó el Director, y al verle hecho un ovillo se le acercó y pudo conocer que no tenía más abrigo que una colcha muy delgada.

—¿Por qué has hecho esto?—le dijo—, ¿quieres morirte de frío?—No, respondió, no me moriré de frío. Jesús, en el pesebre de Belén, y cuando pendía de la cruz, estaba menos abrigado que yo.

Como se le prohibiese entonces absolutamente que hiciese nuevas penitencias de cualquier género que fuesen sin pedir antes expreso permiso, sometiése aunque con pena a este mandato. Encontréle en cierta ocasión que muy afligido iba exclamando:—¡Pobre de mí, en qué apuros me hallo! Dice el Salvador que si no hago penitencia no podré entrar en el Paraíso; y a mí me han prohibido hacerla, ¿cuál será, pues, mi paraíso?

—La penitencia que Dios quiere de ti es la obediencia. Obedece, que esto te basta.

—Y ¿no podría permitirme alguna penitencia?

—Sí, se te permite ésta: soportar con paciencia todas las injurias que te hagan; tolerar con resignación el calor, el frío, los vientos, las lluvias, el cansancio y todas las indisposiciones de salud que Dios quiera enviarte.

—Pero esto se sufre por necesidad.

—Lo que debes sufrir por necesidad ofrécelo al Señor y se convertirá en virtud, y ganarás muchos méritos para tu alma.

Contento y resignado con estas palabras se retiró.

## CAPITULO XVI

*Su mortificación de todos los sentidos*

Quien consideraba el recogimiento santo y el porte de Domingo, advertía en todo ello tanta naturalidad, que llegaba a imaginar que así habría salido de las manos de Dios; pero los que le conocieron de cerca, y tuvieron cuidado de su educación pueden asegurar que antes bien era efecto de gran vencimiento en armonía con la gracia de Dios.

Sus ojos eran vivacísimos y tenía que hacerse no poco esfuerzo para tenerlos recogidos.—Al principio—así dijo varias veces a un amigo suyo—, cuando me impuse la obligación de gobernar todas mis miradas, tuve no poco trabajo, y a veces padecí grandes dolores de cabeza. En la custodia de sus ojos fué tal, que ninguno de los que le conocieron recuerda haberle visto dar una sola mirada, que no estuviese en los límites de la más rigurosa modestia.—Los ojos, solía decir, son como dos ventanillas, por donde pasa todo lo que uno quiere; pueden entrar por ellas un ángel con sus alas o un demonio con sus cuernos, y hacer que uno u otro sean dueños de nuestro corazón.

Sucedió cierto día, que un niño que no era del Oratorio trajo un periódico ilustrado con figuras indecentes e irreligiosas, y muchos inexpertos corrieron a él y le rodearon llenos de curiosidad, y entre ellos Domingo, sin saber de qué se trataba.

Mas cuando vió de cerca el papel quedó, primero

sorprendido, y luego, sonriendo, lo tomó y lo hizo pedazos. Espantados sus compañeros, se miraron unos a otros sin decir palabra, mas Domingo entonces les habló así:—¡Desgraciados! Dios nos ha dado los ojos para contemplar la hermosura de las cosas creadas, y vosotros os servís de ellos para mirar obscenidades inventadas por los malvados para perder nuestras almas. ¿Habéis olvidado por ventura lo que tantas veces nos han predicado? El Salvador nos dice que con una sola mirada deshonesta manchamos nuestra alma y vosotros no os avergonzáis de ver tales cosas.

—Nosotros—dijo uno de ellos—, estábamos mirando estas figuras para reirnos.

—Sí, sí, y así riendo podéis caer al infierno.

—Pero, a nosotros—replicó otro—, no nos parecen tan malas estas figuras...

—Pues, tanto peor; el no ver que hacéis muy mal mirando tales obscenidades, señal es que vuestros ojos ya están habituados a verlas; y este hábito no os disculpa del mal, antes os hace más culpables.

»Job era anciano, era un santo, estaba afligido de una enfermedad, que le tenía tendido en un muladar; y con todo, hizo pacto con sus ojos de no darles la más mínima libertad en las cosas inmodestas.

A estas palabras todos callaron, y nadie osó ya hacerle la menor observación.

A más de ser modesto en sus miradas, era muy medido en sus palabras.

Tuviera o no razón, siempre callaba cuando otros hablaban, y muchas veces trunçaba la palabra para dar lugar a que otros hablaran. Sus maestros y de-



más superiores aseguran unánimemente que jamás notaron que dijera alguna palabra fuera de propósito, ya en el estudio, ya en la clase o en la iglesia: antes bien, aun en las ocasiones que recibía algún ultraje, sabía moderar su lengua y reprimir su enojo.

Un día avisó a un compañero que se corrigiera de una costumbre mala, mas éste en vez de recibir con gratitud la amonestación le dijo mil villanías, y luego se desató contra él a puñadas y puntapiés. Domingo hubiera podido hacer valer sus razones con los hechos, pues era de más edad y fuerza; pero no tomó venganza alguna. Encendióse, es verdad, su rostro; pero refrenando los ímpetus de la cólera limitóse a decir estas palabras:—Yo te perdono; has hecho mal; no trates a otros de la misma manera.

Pero ¿qué decir de su mortificación de los demás sentidos? Me limitaré a recordar algunos hechos.

En el invierno padecía sabañones en las manos, y por mucho que sufriese, jamás se le oyó palabra ni señal de queja; antes bien, parecía que hallase gusto en ello. «Cuanto más gordos son los sabañones, decía, más aprovechan a nuestra salud», y quería decir a la salud del alma. Muchos de sus compañeros aseguran que en los grandes fríos del invierno solía ir a la escuela a paso lento, y hacíalo por el deseo que tenía de sufrir y padecer siempre que se le ofrecía la ocasión. Muchas veces le vi, dice un compañero suyo, en lo más rígido del invierno abrirse la piel y aun las carnes con una aguja o una pluma, para que aquellas laceraciones, convirtiéndose en llagas, le hiciesen más semejante al Divino Salvador.

Hay siempre en los colegios niños descontentadizos, que no encuentran cosa buena : ya se quejan de las funciones religiosas o de la disciplina, ya del descanso o de la comida ; en todo hallan algo que observar.

Estos niños son una verdadera cruz para sus superiores ; porque el descontento de uno se va comunicando a los demás, y a veces con grave daño de todo el colegio. La conducta de Domingo era todo lo contrario de la de éstos.

Jamás sus labios profirieron palabra de queja ni por los calores del estío ni por los fríos del invierno. Siempre estaba igualmente alegre, ya hiciese bueno o mal tiempo ; siempre se mostraba satisfecho de todo lo que le presentaban en la mesa y con admirable industria sabía hallar medio de mortificarse ; cuando un manjar era censurado de los demás por demasiado cocido o demasiado crudo, porque tenía poca sal o mucha, él se mostraba contento diciendo que cabalmente así era como le gustaba.

Por lo regular quedábase en el comedor después que habían salido sus compañeros, para recoger los mendrugillos de pan que habían dejado sobre la mesa o caído en el suelo, y comérselos como la cosa más sabrosa. A los que se mostraban maravillados de esto, encubría su espíritu de penitencia diciendo :—Los panes no se comen enteros, y estando ya en migajas todo el trabajo se ahorra a los dientes.

Recogía y comía igualmente las sobras de sopa, de cocido o de cualquier otro alimento ; y no se ha de pensar que hacía esto por gula, pues muchas veces

daba a sus compañeros la porción de comida que le servían.

Habiéndosele preguntado por qué se mostraba tan solícito en juntar aquellas sobras que a otros habrían dado asco, respondió:—Todo cuanto tenemos en esta vida es don precioso de la mano de Dios; pero de todos los dones, después de su santa gracia, el más apreciable es el del alimento con el cual nos conserva la vida. Así es que, aun la más pequeña parte de este don merece nuestro agradecimiento, y es verdaderamente digno de ser recogido con la más escrupulosa diligencia.

Era para él un agradable entretenimiento sacar brillo a los botines, cepillar la ropa de sus compañeros y prestar a los enfermos los más humildes servicios.—Cada uno hace lo que puede, solía decir: yo no soy capaz de hacer grandes cosas, pero lo que puedo quiero hacerlo a mayor gloria de Dios, y espero que Dios en su infinita bondad querrá aceptar mis pobres ofrendas.

Comer cosas que no eran de su gusto, abstenerse de las que le agradaban, dominar sus miradas aun en las cosas indiferentes, sufrir ingratos olores, renunciar a su propia voluntad, soportar con perfecta resignación todo lo que le causaba algún dolor a su cuerpo o a su ánimo, eran actos de virtud en que Domingo se ejercitaba todos los días, y podemos decir en cada momento de su vida.

Callo, por tanto, muchísimos actos de este género, que todos concurren a demostrar cuán grande era en Domingo el espíritu de penitencia, de caridad y de

mortificación, y al mismo tiempo, cuán industriosa era su virtud en aprovecharse de las ocasiones grandes o pequeñas, y hasta de las más indiferentes para santificarse y aumentar sus méritos ante Dios.

## CAPITULO XVII

### *La Compañía de la Inmaculada*

Bien puede decirse que toda la vida de Domingo fué un ejercicio de devoción a la Santísima Virgen, como quiera que no dejaba pasar ocasión alguna sin tributarle sus homenajes.

El año 1854, el Sumo Pontífice Pío IX definía como dogma de fe la Inmaculada Concepción de María. Domingo deseaba ardientemente que se hiciera duradero el recuerdo de este augusto título, que la Iglesia ha dado a la Reina de los cielos.—Desearía, solía decir, hacer algo en honor de la Virgen; pero pronto, porque temo que me falte el tiempo. Guiado, pues, de su caridad industriosa, eligió algunos de sus mejores compañeros y los invitó a unirse con él para formar una compañía que llamaron de la *Inmaculada Concepción*.

El fin que ésta se proponía era granjearse la protección de la Madre de Dios durante la vida y especialmente en el trance de la muerte.

Dos medios se proponían para ello: ejercitar y promover prácticas piadosas en honor de la Purísima

Concepción y frecuentar el sacramento de la Comunión.

De acuerdo con sus amigos redactó un reglamento y, después de muchas solicitudes, el día 8 de junio de 1856, nueve meses antes de su muerte, lo leía ante el altar de María Santísima. Con gusto lo inserto aquí para que pueda servir de norma a otros que quieran imitarle.

«Nosotros, Domingo Savio, etc. (siguen los nombres de sus compañeros), para granjearnos durante la vida y en el trance de la muerte la protección de la Bienaventurada Virgen Inmaculada y para dedicarnos enteramente a su santo servicio, hoy, a 8 del mes de junio, fortalecidos con los santos sacramentos de la confesión y comunión, y con el propósito de profesar hacia nuestra Madre celestial una constante y filial devoción, protestamos ante su altar, y con el consentimiento de nuestro director espiritual, que queremos imitar en cuanto lo permitan nuestras fuerzas a *Luis Comollo* (1), para cuyo fin nos obligamos:

Primero.—A observar rigurosamente el reglamento del colegio.

Segundo.—A practicar la virtud, amonestando caritativamente a nuestros compañeros y exhortándolos al bien con nuestras palabras, y principalmente con nuestro buen ejemplo.

---

(1) Luis Comollo nació en Cinzano el año 1818 y murió el año 1839 en concepto de singular virtud en el Seminario de Chieri, a la edad de veintiún años. La vida de este esclarecido joven (qué fué escrita por su amigo íntimo el B. Bosco) se imprimió segunda vez el año primero de las *Lecturas Católicas* que se publican en el Oratorio Salesiano de Turín.

Tercero.—A emplear bien tiempo.

Y para asegurarnos la perseverancia en el método de vida que nos proponemos abrazar, sometemos el siguiente reglamento a la aprobación de nuestro Director.

### *Reglamento*

Art. I.—Como regla adoptaremos una rigurosa obediencia a nuestros superiores, a los cuales nos sometemos con ilimitada confianza.

Art. II.—Nuestra primera y especial ocupación será el cumplimiento de nuestros deberes.

Art. III.—La caridad recíproca nos unirá a nuestros amigos, y con la misma caridad amaremos indistintamente a nuestros hermanos, a quienes amonestaremos con dulzura, cuando pareciere útil la corrección.

Art. IV.—Señalaremos una media hora para reunirnos cada semana, y después de la invocación del Espíritu Santo, hecha una breve lectura espiritual, trataremos del progreso de la compañía en la devoción y en la virtud.

Art. V.—Nos advertiremos en particular los defectos de que debamos enmendarnos.

Art. VI.—Procuraremos que no haya entre nosotros el más pequeño disgusto, soportando con paciencia a nuestros compañeros y a las demás personas que nos sean molestas.

Art. VII.—No se señala ninguna oración particular, puesto que el tiempo que nos queda después de

cumplidos nuestros deberes debemos consagrarlo a lo que pareciere más útil para nuestra alma.

Art. VIII.—Admitimos, sin embargo, estas pocas prácticas :

a) Frecuentaremos los santos sacramentos lo más a menudo que nos sea posible.

b) Nos acercaremos a la mesa eucarística todos los domingos y fiestas de guardar y todas las novenas y solemnidades de María Santísima y de los Santos protectores del Oratorio.

c) Procuraremos comulgar todos los jueves, a no ser que nos lo impida alguna grave ocupación.

Art. IX.—Todos los días, especialmente al rezar el santo Rosario, encomendaremos a María nuestra cofradía, pidiéndole que nos obtenga la gracia de la perseverancia.

Art. X.—Procuraremos ofrecer, todos los sábados, alguna práctica especial o algún acto de piedad en honor de la Inmaculada Concepción de María.

Art. XI.—Haremos con gran recogimiento la oración, la lectura espiritual, el rezo de los divinos oficios, y procuraremos que nuestra conducta sea ejemplar en el estudio y la clase.

Art. XII.—Escucharemos con la mayor atención la palabra de Dios, reflexionando después sobre las verdades que hayamos oído.

Art. XIII.—Evitaremos toda pérdida de tiempo para librar a nuestras almas de las tentaciones que suelen acometer fuertemente en el ocio, y por tanto :

Art. XIV.—Después de haber cumplido nuestras propias obligaciones, emplearemos el tiempo que nos

queda en ocupaciones útiles, como lecturas piadosas e instructivas, o en la oración.

Art. XV.—Nos es permitido el recreo después de la comida, la clase y el estudio.

Art. XVI.—Procuraremos manifestar a nuestro superior cualquiera cosa que pueda ser provechosa a nuestro adelanto moral.

Art. XVII.—Procuraremos hacer uso con moderación de los permisos concedidos por la bondad de nuestros Superiores, puesto que uno de nuestros principales fines es la exacta observancia del reglamento, quebrantado muy a menudo por el abuso de esos mismos permisos.

Art. XVIII.—Tomaremos el alimento que nuestros superiores dispusieren, sin quejarnos jamás de lo que nos presentan en la mesa, y trataremos de impedir que otros murmuren.

Art. XIX.—El que desee formar parte de esta asociación deberá ante todo purificar su conciencia en el sacramento de la confesión y recibir la santa comunión, dar luego prueba de buena conducta por una semana, leer atentamente estas reglas y prometer a Dios y a María Santísima Inmaculada su observancia.

Art. XX.—El día de su admisión, todos los cofrades se acercarán a la santa comunión para pedir a Dios que obtenga al nuevo compañero la virtud de la perseverancia, de la obediencia y el verdadero amor de Dios.

Art. XXI.—La asociación está bajo el patrocinio de la Santísima Virgen, invocada con el título de In-



maculada Concepción, cuya medalla constantemente llevaremos. Una sincera, filial e ilimitada confianza en María, un amor singularísimo, una devoción constante hacia ella nos harán superar todos los obstáculos, y ser firmes en nuestras resoluciones, rigurosos con nosotros mismos, amables con el prójimo y exactos en todo.

Aconsejamos a los cofrades que escriban los nombres de Jesús y de María primero en su corazón y en su mente, y luego en sus libros y objetos que tienen frecuentemente a la vista.

Rogaremos a nuestro Director que examine este reglamento, y nos manifieste su parecer acerca de él, asegurándole que todos nosotros dependemos de su voluntad. El podrá modificarlo en todo aquello que le pareciere conveniente.

Que María bendiga nuestros esfuerzos, puesto que ella nos ha inspirado esta piadosa asociación; aliente ella nuestras esperanzas: escuche nuestros votos, para que, amparados bajo su manto y fortalecidos con su protección, desafiemos las borrascas de este mar proceloso y superemos los asaltos del enemigo infernal. De tal suerte auxiliados, confiamos ser la edificación de nuestros compañeros, el consuelo de los superiores y los hijos predilectos de María. Y si Dios nos concediera gracia y vida para servirle en el ministerio sacerdotal, trabajaremos con el mayor celo en la salvación de las almas, desconfiando de nuestras propias fuerzas, y poniendo una ilimitada confianza en el auxilio divino. Así podremos esperar que después de peregrinar felizmente en este valle de lágrimas

mas, llegaremos a la hora postrera, consolados con la presencia de María a recibir el galardón que Dios tiene preparado a los que le sirven en espíritu y en verdad.

El Director del Oratorio leyó este reglamento, y después de haberlo examinado atentamente, lo aprobó con las siguientes condiciones :

*Primera.*—Las promesas susodichas no tienen fuerza de voto.

*Segunda.*—Ni tampoco obligan bajo pena de culpa alguna.

*Tercera.*—En las conferencias se propondrá alguna obra de caridad externa, como la limpieza de la iglesia o la instrucción religiosa de algún niño de los más ignorantes.

*Cuarta.*—Se distribuirán los días de la semana, de modo que haya en cada uno de ellos algunas comuniones.

*Quinta.*—No se añadan otras prácticas piadosas sin permiso de los superiores.

*Sexta.*—Establézcase como objeto principal el de promover la devoción hacia la Inmaculada Concepción y el Santísimo Sacramento.

*Séptima.*—Antes de aceptar a un postulante se le aconsejará leer la vida de Luis Comollo (1).

---

(1) Uno de los que ayudaron más eficazmente a Domingo Savio a instituir la compañía de la Inmaculada y a formular el reglamento fué José Bongiovanni, el cual, como quedase huérfano de padre y madre, fué recomendado por una tía suya al Director del Oratorio, que le acogió caritativamente en noviembre de 1854. Contaba entonces diez y siete años, y de muy mala gana, forzado por las circunstancias, vino al Oratorio llena la cabeza de las vanidades del mundo y con algunas preocupaciones en materia de Religión.

Pero claramente se conoció en él la obra de la gracia divina, pues que



## CAPITULO XVIII

*Sus amistades particulares.—Sus relaciones con  
Camilo Gavio.*

Todos eran amigos de Domingo: el que no le amaba, le respetaba por sus virtudes. El, por su parte, sabía estar bien con todos. Tan firme estaba en la

en corto tiempo se aficionó muchísimo a la casa, a las reglas y a los Superiores; rectificó insensiblemente sus ideas y dióse con todo ardor a la práctica de la virtud y de la piedad. Dotado de ingenio perspicaz y de gran facilidad para aprender, se dedicó al estudio. Con admirable rapidez cursó los estudios clásicos. Dotado de ardiente fantasía, mostró grandísima facilidad para hacer versos, ya en italiano, ya en dialecto; y al paso que en las conversaciones familiares recreaba a sus amigos improvisando versos sobre argumentos jocosos, sentado a su escritorio componía hermosísimas poesías, muchas de las cuales fueron publicadas.

Resolvió seguir la carrera eclesiástica y mientras fué acólito señalóse constantemente por su piedad y observancia exacta de las reglas y por su celo por el aprovechamiento de sus compañeros. Ordenado de sacerdote en 1863, no es fácil expresar con cuánto ardor se dedicó al ejercicio de su ministerio. Y aunque le favoreciese poco la voz, era tan agradable su predicación, ya por la belleza de la materia, ya por la unción en el modo de exponerla, que era escuchado con gusto y con muchísimo fruto.

Después de haber ayudado a Domingo Savio, con quien estaba unido con la más santa amistad, para establecer la Compañía de la Inmaculada fundó, con permiso de su Superior, otra Compañía en honor al Santísimo Sacramento, que tenía por objeto promover su culto entre los niños, y enseñar a los que más sobresalían en la virtud el servicio de las funciones sagradas, formando así un pequeño clero para que fuese mayor la majestad y la gracia de dichas funciones. Esta Compañía siguió cultivándola con mayor actividad y excelentes resultados cuando fué sacerdote. Y bien puede decirse que si la Congregación de San Francisco de Sales pudo dar desde entonces a la Iglesia un buen número de ministros del altar, en gran parte se debe a los santos cuidados que el sacerdote Bongiovanni tenía para con el pequeño clero.

En 1868, como se aproximara la época de la consagración de la iglesia erigida en Valdocco en honor de María Auxiliadora, Bongiovanni se dedicó con empeño a disponer todas las cosas necesarias para tal función y a preparar el pequeño clero para que diera más realce a la fiesta que debía solemnizarse en modo extraordinario. Transportado por su amor ardentísimo a la Santísima Virgen Auxiliadora, no ahorró solitudes, fatigas ni sudores, particularmente en la víspera, día 8 de junio de aquel año. María

virtud, que se le aconsejó tratase con algunos niños díscolos para convertirlos a Dios. Y aprovechaba el recreo, los entretenimientos y aun las conversaciones indiferentes para obtener ventajas espirituales. Sin embargo, los socios de la compañía de la Inmaculada eran particularmente sus amigos, con los cuales, como ya se ha dicho, se reunía para conferenciar sobre cosas espirituales, o para cumplir ejercicios piadosos.

Estas conferencias hacíanse con licencia de los superiores; pero eran presididas por los mismos niños. Se trataba en ellas del modo de celebrar las novenas y las solemnidades principales, se repartían las comuniones que cada uno debía hacer en determinados días de la semana; asignábanse asimismo entre ellos los niños que habían menester de mayor asistencia moral, y cada uno protegía al suyo, y empleaba to-

---

Auxiliadora aceptó su fervorosa devoción y le obtuvo muy pronto el premio.

Antes, empero, quiso sujetarle a una prueba que, soportada con resignación, fué sin duda alguna ocasión muy meritoria para el buen sacerdote. El que tanto se había empeñado para el feliz éxito de la fiesta, el 9 de junio, día de la consagración, hallábase enfermo de tal modo que no pudo levantarse de la cama. En los días siguientes la enfermedad continuaba. Deseando entonces celebrar una vez siquiera los divinos misterios en la nueva iglesia, suplicó a la Santísima Virgen con fervientes instancias que le obtuviese esta gracia. Fué escuchado. El domingo de la Octava sintióse tan mejorado y con tal aumento de fuerzas que pudo con la debida preparación subir al altar y celebrar la Santa Misa con inmenso júbilo de su corazón. Después de la misa dijo a algunos compañeros suyos que tan contento estaba que bien podría entonar el *Nunc dimittis*. Y así fué: pues sintiendo que le faltaban las fuerzas volvió a la cama y no se levantó más.

El miércoles siguiente, concluida la Octava, se celebró un funeral por los difuntos bienhechores de esta casa y en la tarde de ese mismo día, terminadas todas las funciones religiosas, los niños de los varios colegios que habían venido a tomar parte en la función, partieron para sus casas.

Una hora después, el sacerdote José Bongiovanni, fortalecido con todos los auxilios de la Religión y asistido de su muy amado Director, rodeado de una corona de sus más queridos amigos y hermanos, entregó su bella alma al Criador, yendo, como fundadamente se espera, a ver cómo se festeja en el Cielo a Aquella que había sido en la tierra el objeto de su ardiente devoción.

dos los medios que sugiere la caridad cristiana para encaminalle a la virtud.

Domingo era de los más animosos y puede decirse que era el que daba mayor vida a estas conferencias.

Podríanse citar aquí varios compañeros de Domingo que tomaban parte en ellas y que trataron mucho con él, mas como están aún en vida paréceme prudente omitir sus nombres. Solamente haré mención de dos que fueron ya llamados por Dios a la patria celestial. Son éstos Camilo Gavio de Tortona y Juan Massaglia de Marmorito. Gavio sólo vivió algunos meses entre nosotros; pero tan corto tiempo bastó para que dejara santo recuerdo entre sus compañeros.

Su singular piedad y disposición para la pintura y escultura fueron causa de que el municipio de aquella ciudad se determinara a enviarle a Turín, a fin de que siguiese aquí los estudios de su arte. Había Gavio sufrido una grave enfermedad en su casa y cuando vino al Oratorio, ya sea porque estuviese aún convaleciente, ya porque se hallara en compañía de niños desconocidos, se quedaba arrinconado observando a los demás cómo se divertían, pero sin comunicarse con nadie. Vióle Savio, y acercósele luego para consolarle, y tuvo con él la siguiente conversación:

—Amiguito, tú no conoces aquí a nadie, ¿no es verdad?

—Es cierto, pero me recreo viendo cómo juegan los demás.

—¿Cómo te llamas?

—Camilo Gavio.

—¿Cuántos años tienes?

—Tengo quince cumplidos.

—¿Acaso estás triste o enfermo?

—He estado gravemente enfermo; una fuerte palpitación me llevó al borde del sepulcro, y aún no estoy perfectamente curado.

—Desearás mucho sanar, ¿no es verdad?

—No tanto, pues deseo hacer la voluntad de Dios.

Estas últimas palabras dieron a conocer que Gavio era un niño de piedad nada ordinaria, y le causaron a Domingo una verdadera alegría; de suerte que con toda confianza continuó: —Quien desea hacer la voluntad de Dios, desea santificarse a sí mismo; ¿tienes, pues, deseos de ser santo?

—Sí, tengo gran deseo.

—Muy bien; así aumentaremos el número de nuestros amigos, y tomarás parte con nosotros en todo lo que haremos para santificarnos.

—Con mucho gusto, ¿pero qué es lo que debo hacer?

—Te lo voy a decir en pocas palabras: has de saber que nosotros hacemos consistir la santidad en estar muy alegres. Pero ante todo procuramos huir del pecado como de un gran enemigo que nos roba la gracia de Dios y la paz del corazón, cumplir exactamente nuestros deberes y frecuentar las prácticas de piedad. Empieza desde hoy a recordar esta máxima: *Servite Domino in laetitia*, servid al Señor con santa alegría.

Esta conversación fué como un bálsamo para las

aflicciones de Gavio, y desde luego se sintió consolado. Desde aquel día fué amigo íntimo de Domingo y fiel imitador de sus virtudes. Pero la enfermedad que le había llevado al borde del sepulcro y que no había desaparecido por completo, al cabo de dos meses apareció nuevamente y a pesar de los recursos de la medicina y la solicitud de sus amigos no fué posible hallar eficaz remedio. Algunos días después, habiendo recibido con gran consuelo los últimos Sacramentos, entregaba su alma al Criador el 30 de diciembre de 1856.

Domingo fué varias veces a visitarle durante el curso de la enfermedad y se ofreció a pasar las noches velando junto a su lecho, lo que no le fué permitido.

Cuando supo que había expirado, quiso verle por última vez, y ante su cadáver decía conmovido :

—«Adiós, Gavio ; estoy íntimamente persuadido de que has volado al cielo ; prepárame, pues, un asiento junto al tuyo. Siempre te amaré como amigo, pero mientras Dios me diere vida, rogaré por el descanso de tu alma.»

Fué después con otros compañeros a rezar el Oficio de Difuntos en la sala mortuoria y pasó casi todo el día en oración. Por último, invitó a algunos de sus mejores condiscípulos a que hicieran la santa comunión, y él mismo la hizo varias veces en sufragio del alma de su malogrado amigo.

Entre otras cosas dijo a sus compañeros :—Amiguitos, no os olvidéis del alma de Gavio. Yo confío que ya goza la gloria del paraíso ; con todo, no dejéis

de orar por el descanso de su alma. Dios dispondrá que todo lo que hacemos ahora por él, otros lo hagan un día por nosotros.

## CAPITULO XIX

### *Sus relaciones con Juan Massaglia*

Más largas e íntimas fueron las relaciones de Domingo con el joven Massaglia de Marmorito, pueblo poco distante de Mondonio.

Vinieron ambos a un tiempo al Oratorio; eran del mismo distrito, y ambos tenían deseos de abrazar el estado eclesiástico y firme propósito de santificarse.

—No basta—decía cierto día Domingo a su amigo—, no basta decir que queremos abrazar el estado eclesiástico, es menester que tratemos de alcanzar las virtudes necesarias para ese estado.

—Verdad es—respondió su amigo—; pero si ponemos de parte nuestra todo lo que podemos, no dejará Dios de darnos las gracias y las fuerzas para hacernos dignos de favor tan grande como es el de ser ministros de Jesucristo.

Llegado el tiempo pascual hicieron con los demás niños los ejercicios espirituales con grande edificación de todos. Acabados los ejercicios Domingo dijo a su compañero:

—Quiero que seamos amigos, verdaderos amigos en las cosas del alma, y por esto deseo que desde hoy seamos el uno avisador del otro en todo aquello que



puede contribuir a nuestro aprovechamiento espiritual. Pues bien si tú notas en mí alguna imperfección, luego me avisarás, para que pueda enmendarme; y si ves que puedo hacer alguna cosa buena, no dejes de indicármela.

—Lo haré de mil amores, aunque no lo necesitas; pero tú debes hacer esto para conmigo, que, como sabes, por mi edad, estudios y condición me hallo expuesto a mayores peligros.

—Dejémonos de cumplimientos y ayudémonos mutuamente a santificar nuestras almas.

Desde entonces, Domingo y Massaglia fueron verdaderos amigos, y su amistad fué duradera porque se fundaba en la virtud; puesto que trabajaban a porfía en ayudarse con el ejemplo y consejos para evitar el mal y practicar el bien.

Al terminar el año escolástico dióse permiso a los niños de esta casa para que fueran a pasar las vacaciones con sus padres o alguna otra persona de la familia.

Algunos estimulados por el deseo de adelantar en los estudios y atender mejor a los ejercicios de piedad, prefirieron quedarse en el Oratorio, y entre éstos, Savio y Massaglia. Sabiendo yo con qué ansias los esperaban sus padres y cuánta necesidad tenían de restablecer sus fuerzas, les dije:

—¿Por qué no váis a pasar algunos días de vacaciones con vuestros padres?

Ellos, entonces, en vez de contestarme, se echaron a reír.

—¿Y qué queréis decirme con esa risa?

—Bien sabemos—respondió Domingo—que nuestros padres nos aguardan ansiosamente; nosotros también los amamos y de buena gana iríamos; sabemos asimismo que el pajarillo mientras está en la jaula no goza de libertad, mas en cambio vive seguro de las garras del halcón. Al contrario, si está fuera de la jaula, vuela donde quiere, pero puede de un instante a otro caer en poder del enemigo.

Con todo yo juzgué conveniente enviarlos a pasar algunos días a sus casas. Accedieron, mas sólo por obediencia, permaneciendo solamente el tiempo que se les había fijado.

Si quisiera escribir los ejemplos de virtud de Masaglia, tendría que repetir muchas cosas que ya dejo dichas de Domingo, a quien imitó fielmente mientras vivió. Gozaba de muy buena salud y daba excelentes esperanzas en los estudios. Concluído el curso de humanidades rindió con feliz éxito sus exámenes y vistió el hábito clerical. Pero este hábito, que tanto amaba, apenas pudo llevarlo por algunos meses. Enfermó de un catarro que tenía apariencias de un ligero resfriado, por lo que ni siquiera quería interrumpir sus estudios; mas como sus padres deseaban someterle a una cura radical y quitarle la ocasión de estudiar le llevaron a su casa. Durante este tiempo escribió a Domingo la siguiente carta:

«Querido amigo:

«Tenía intención de permanecer solamente algunos días en casa y volver luego al Oratorio, por cuya razón dejé allí todos mis libros; pero veo que las cosas

van despacio y el éxito de mi enfermedad es cada día más incierto. El médico me dice que voy mejor; a mí me parece que voy peor. Veremos quién tiene razón. Querido Domingo, estoy muy afligido por hallarme lejos de ti y del Oratorio y porque no tengo comodidad de atender a las prácticas de piedad. Solamente me consuela el recuerdo de aquellos días en que juntos nos preparábamos y acercábamos a recibir la santa comunión.

»Espero, sin embargo, que si estamos separados con el cuerpo no lo estaremos con el espíritu.

»Te ruego, entre tanto, que tengas la bondad de ir a la sala de estudios y hacer una visita a mi pupitre. Allí hallarás algunos manuscritos y a mi amigo Gersón, o sea *De imitatione Christi*. Harás de todo un lío y me lo enviarás. Mira que el libro está escrito en latín, pues si bien me agrada la traducción, no deja sin embargo de ser una traducción, en la cual no encuentro tanto gusto como en el original latino. Me hallo cansado de estar ocioso; con todo, el médico me ha prohibido el estudio. Doy muchas vueltas por mi aposento y a menudo digo entre mí: ¿Sanaré de esta enfermedad? ¿Veré nuevamente a mis compañeros? ¿Será ésta, por ventura, la última enfermedad? Lo que será de todo esto, sólo Dios lo sabe. Me parece que estoy pronto en todo caso a hacer la santa y amable voluntad de Dios.

»Si se te ocurre algún buen consejo, no dejes de dármele. Dime cómo estás de salud y acuérdate de mi santa comunión. Animo, amigo, ámame de todo en tus oraciones, especialmente cuando recibas la

razón en el Señor, que si no podemos vivir por largo tiempo juntos acá en la tierra, espero que, felices, podremos gozar un día de más dulce compañía en el Paraíso.

»Recuerdos a nuestros amigos y especialmente a los cofrades de la compañía de la Inmaculada. Sea contigo el Señor y créeme siempre tu afectísimo,

*Juan Massaglia.»*

Domingo cumplió fielmente el encargo de su amigo, y juntamente con lo que le pedía enviábale la siguiente carta :

«Querido Massaglia :

»Muy grata me ha sido tu carta ; por ella supe que aún vivías, porque desde tu salida no habíamos tenido noticias tuyas, y no sabía si debía rezar el *Gloria Patri* o el *De profundis*. Ahí van los objetos que me pides. Sólo debo señalarte que Gersón es muy buen amigo ; pero, que está muerto, y que, como tal, donde está, allí queda y no se menea. Es menester, pues, que tú le busques, le sacudas y leas, haciendo lo posible para poner en práctica los consejos que te diere.

Suspiras con razón por la comodidad que tenemos nosotros para cumplir nuestras prácticas piadosas. Cuando voy a Mondonio me aflige a mí esa misma pena. Para suplir esta deficiencia procuraba hacer una visita al Santísimo Sacramento, conduciendo conmigo cuantos niños podía. Además de la *Imitación*, leía el *Tesoro escondido en la Santa Misa*, por San

Leonardo de Porto Mauricio. Si te parece, haz tú lo mismo. Me dices que ignoras si volverás a verme en el Oratorio; pues bien, has de saber que la armazón de mi cuerpo anda también muy gastada y todo me presagia que me acerco rápidamente al término de mi vida.

»Sea lo que quiera, hagamos así: roguemos mutuamente el uno por el otro para que ambos podamos tener una buena muerte. El que primero muera preparará un puesto al amigo, y le dará la mano para que suba al cielo.

»Dios nos conserve siempre en su santa gracia y nos ayude a santificarnos pronto, porque temo que nos falte tiempo.

»Todos nuestros amigos suspiran por tu vuelta al Oratorio y te saludan afectuosamente en el Señor.

»Afmo. amigo,

*Domingo Savio.*»

La enfermedad de Massaglia al principio parecía leve, y varias veces se creyó completamente curado; pero en seguida volvía a recaer, hasta que llegó casi inesperadamente a los últimos extremos.

«Tuvo tiempo, me escribió el teólogo Valfré, su director espiritual, en las vacaciones, de recibir con grande edificación, todos los auxilios de nuestra santa Religión, y murió con la muerte del justo que deja el mundo para volar al cielo.»

Por la pérdida de este amigo quedó Domingo profundamente afligido, y aunque estaba resignado a

la divina voluntad, le lloró por varios días. Esta fué la vez primera que vi aquel rostro angelical entristecido y derramar lágrimas de dolor. Su único consuelo fué orar y hacer que otros orasen por su amigo difunto. Oyósele exclamar más de una vez: «Querido Massaglia, has muerto, es verdad; pero yo confío que ya estás en el Paraíso, gozando juntamente con Gavio, y ¿cuándo iré yo a unirme con vosotros en la inmensa felicidad de los cielos?»

Por todo el tiempo que Domingo sobrevivió a su amigo le tuvo siempre presente en sus prácticas de piedad, y solía decir que no podía oír la Santa Misa o asistir a otro ejercicio cualquiera de devoción sin encomendar a Dios el alma de aquél que había hecho tanto bien.

Esta pérdida fué muy dolorosa para el corazón ternísimo de Domingo, y su salud misma quedó notablemente alterada.

## CAPITULO XX

### *Favores especiales y hechos extraordinarios*

Hasta aquí he referido cosas que no presentan nada de extraordinario, como no quiera llamarse extraordinaria a una conducta constantemente buena, que siempre fué perfeccionándose con una vida inocente, con actos de mortificación y ejercicios de piedad. También se podrían llamar extraordinarias su fe viva, su esperanza firme, su ardiente caridad y su perseverancia en el bien hasta el fin de su vida. Pero debo



*...y hállale allí inmóvil como una estatua. (Pág. 86.)*



exponer ahora algunos favores particulares y hechos no comunes, que tal vez serán objeto de alguna crítica, por cuya razón creo conveniente hacer notar al lector que cuanto aquí refiero tiene completa semejanza con hechos que se hallan registrados en la Biblia y en la vida de los Santos; refiero lo que he visto con mis propios ojos, y aseguro que escribo escrupulosamente la verdad, remitiéndome al juicio del discreto lector. He aquí lo ocurrido:

Muchas de las veces que Domingo iba a la iglesia, especialmente en los días que recibía la santa comunión o estaba expuesto el Santísimo Sacramento, quedábase como arrobado, de suerte que si no era llamado para cumplir sus deberes ordinarios, permanecía allí por muy largo tiempo. Acaeció, pues, que cierto día no fué a desayunarse, ni a la escuela y ni siquiera a la comida, y nadie sabía dónde estuviese: en el estudio no estaba y en la cama tampoco. Informóse de lo que pasaba al Director de la casa, a quien se le ocurrió que estaría en la iglesia como otras veces había sucedido: va, pues, al coro y hállale allí inmóvil como una estatua. Tenía un pie sobre otro, una mano sobre el atril del antifonario y la otra sobre el pecho, el rostro vuelto y fijo en el tabernáculo y los ojos inmóviles. Llámale, y no responde. Sacúdele, y entonces, volviéndose para mirarle, exclama:

—¡Oh! ¿Ya se acabó la misa?

—Mira, díjole el Director mostrándole el reloj, son las dos. Entonces pidió perdón de aquella transgresión de las reglas de la casa, y el Director le mandó a comer, diciéndole:—Si alguno te pregunta de dón-



de vienes, dile que de cumplir una orden mía—. Esto le dijo para evitar importunas preguntas, que sin duda hubieran podido hacerle sus compañeros.

Otro día acababa yo de dar las gracias después de la misa, y, ya iba a salir de la sacristía, cuando oí en el coro una voz como de uno que disputase. Voy a ver y hallo a Domingo que hablaba y callaba luego como para dar lugar a la contestación. Entre otras cosas entendí claramente estas palabras:—Sí, Dios mío, os lo he dicho y nuevamente os lo repito: yo os amo y os quiero amar hasta la muerte. Si véis que voy a ofenderos hacedme morir; sí, la muerte, pero no el pecado.

Le pregunté qué hacía en aquellos instantes, y él, con la mayor sencillez, me respondió:—Pobre de mí, me vienen distracciones tan fuertes, que pierdo el hilo de mis oraciones, y me parece ver cosas tan bellas que se me pasan las horas como un instante.

Un día vino de prisa a mi cuarto y me dijo:—Tenga la bondad de venir pronto conmigo, que se ofrece la ocasión de hacer una buena obra—.¿A dónde quieres conducirme?, le contesté.—No hay que perder tiempo, añadió. No me decidía todavía; pero como él insistiese, y como yo hubiera experimentado ya otras veces de cuánta importancia fuesen estas invitaciones, condescendí. Le sigo: sale de casa, se dirige por una calle, luego por otra, sin detenerse ni decir palabra. Al fin se para, sube una escalera, llega al tercer piso y agita fuertemente la campanilla.—Aquí es donde usted debe entrar, me dijo, y se marchó.

Se abre la puerta:—¡Oh!, pronto, me dice una

señora, pronto, de lo contrario no llegará a tiempo. Mi esposo tuvo la desgracia de abrazar el protestantismo; ahora está moribundo y pide por piedad un confesor, pues quiere morir como buen cristiano.

Me dirigí al lecho del enfermo, el cual tenía gran ansiedad de reconciliarse con Dios, y arreglados con la mayor presteza los negocios de su alma llegó el cura de la parroquia de San Agustín, que llamado anteriormente apenas tuvo tiempo de administrarle el Sacramento de la Extremaunción, pues el enfermo no tardó en pasar a la otra vida. Más tarde quise preguntar a Domingo cómo había sabido que en aquella casa había un enfermo; pero él me miró con semblante affigido y echóse a llorar. Desde entonces jamás se lo volví a preguntar.

La inocencia de vida, el amor de Dios, el deseo de las cosas celestiales, habían de tal modo elevado el espíritu de Domingo, que bien se puede decir que estaba habitualmente absorto en Dios.

A veces interrumpía el recreo, dirigía a otra parte su mirada y poníase a pasear a solas. Preguntándole por qué dejaba de tal manera a sus compañeros, respondía:—Me sobrecogen las consabidas distracciones: me parece que sobre mi cabeza se abre el cielo, y tengo que apartarme de mis compañeros por no decir cosas que ellos creerían ridículas. Otro día hablábase, durante el recreo, del gran premio que Dios tiene preparado a los que conservan la estola de la inocencia; y entre otras cosas decíase:—Los inocentes estarán más próximos de nuestro divino Salvador y le cantarán especiales himnos de gloria por toda la

eternidad. Esto bastó para elevar su espíritu a Dios y para que quedara inmóvil abandonándose como muerto en los brazos de los que se hallaban presentes.

Tales arrobamientos tenían lugar en el estudio, mientras iba a clase y en la misma clase.

Hablaba muy a menudo del Romano Pontífice, dando a entender cuán grande era su deseo de verle antes de morir, asegurando repetidas veces que tenía cosas de grande importancia que decirle.

Como repitiera a menudo estas palabras, le pregunté qué era aquello de tanta importancia que quería decir al Papa.

—Si pudiera hablar con el Papa le diría que en medio de las grandes tribulaciones que le aguardan, no deje de trabajar con particular solicitud por Inglaterra. Dios prepara un gran triunfo al catolicismo en aquel reino.

—¿Y en qué te fundas para decir esto?

—Se lo diré; pero no quisiera que hablase usted de esto a otros porque me expondría a ser burlado. Con todo, si va a Roma, dígaselo a Pío IX. Oiga, pues: Una mañana, mientras daba gracias después de la comunión, me sobrecogió una fuerte distracción y me pareció ver una vastísima llanura llena de gente envuelta en densas tinieblas. Caminaban, pero como quien ha perdido el tino y no veían donde fijaban sus plantas.—Esta región, díjome uno que estaba a mi lado, es Inglaterra. Iba a preguntarle otras cosas, cuando vi al Sumo Pontífice Pío IX tal como le había visto en algunos cuadros. Vestía majestuosamente, y

llevando en su diestra una antorcha esplendorosa, avanzaba entre aquella muchedumbre de personas. A medida que se adelantaba, las tinieblas desaparecían con el resplandor de la antorcha y la gente era inundada de tanta luz como en pleno mediodía.—Esta luz, díjome el amigo, es la religión católica que debe inundar a Inglaterra.

El año 1858, habiendo ido a Roma, quise referir esto al Sumo Pontífice, que me escuchó con bondad y con gusto.—Esto, dijo el Papa, me confirma en mi propósito de trabajar sin descanso en favor de la Inglaterra, que ya es el objeto de todas mis solicitudes. Esta narración, si no es algo más, sírveme al menos como consejo de un alma piadosa.

Omito otros muchos hechos semejantes, y me limitaré a escribirlos, dejando a otros que los publiquen cuando creyeran conveniente para mayor gloria de Dios.

## CAPITULO XXI

*Sus pensamientos sobre la muerte, y cómo  
se preparó a ella*

El que ha leído lo que dejo escrito hasta aquí sobre Domingo Savio, habrá echado de ver desde luego que toda su vida fué una continua preparación para la muerte. Consideraba la Congregación de la Inmaculada como un medio eficacísimo para asegurarse la protección de María en el trance de su muerte, que todos preveían no había de estar lejos. No sé si

Dios le reveló el día y las circunstancias de su muerte o si sólo tuvo un piadoso presentimiento. Lo cierto es que habló de ella mucho antes de que llegara, e hizo lo con tal precisión de circunstancias, que mejor no lo haría el que hablase después de su misma muerte.

En vista del mal estado de su salud se le prodigaron toda clase de cuidados para moderarle en sus estudios y ejercicios de piedad; con todo, ya por su natural debilidad, ya por algunas incomodidades personales, y también por la continua concentración de su espíritu íbansele disminuyendo las fuerzas de día en día. El mismo lo echaba de ver y decía a menudo: —Es menester que corra, de lo contrario la noche me sorprenderá en el camino.—Y quería decir que poco era el tiempo que le quedaba de vida, por lo que había de andar diligente en hacer buenas obras antes que le sorprendiera la muerte.

Acostúbrase en el Oratorio hacer al fin de cada mes el ejercicio de la buena muerte. Consiste este ejercicio en hacer una confesión y comunión como si fuera la última de la vida. El Sumo Pontífice Pío IX, en su bondad se dignó enriquecer esta práctica con muchas indulgencias. Domingo hacía la con el mayor recogimiento. En semejante día suélese decir un *Padrenuestro* y *Avemaría* por aquél de los presentes que morirá primero. Un día Domingo, chanceándose, en vez de decir por el que morirá primero, dijo así: Un *Padrenuestro* y *Avemaría* por Domingo Savio, que morirá primero. Y esto lo repitió varias veces.

A fines de abril del año 1857 se presentó Domingo

al Director y le preguntó qué podría hacer para celebrar santamente el mes de María.

—Lo celebrarás—respondióle—cumpliendo perfectamente todos tus deberes, narrando cada día a tus compañeros un ejemplo edificante en honor de María, y procurando conducirte de modo que puedas recibir cada día la santa comunión.

—Trataré de hacerlo puntualmente; pero ¿qué gracia deberé pedir?

—Pedirás a la Santísima Virgen que te alcance la salud y la gracia para ser santo.

—Que me ayude a santificarme, que me ayude a tener una santa muerte y en los últimos momentos de mi vida me asista y me conduzca al cielo.

Y en efecto, mostró Domingo tanta devoción en aquel mes, que parecía un ángel vestido de carne humana. Si escribía, era de María; si estudiaba, cantaba o iba a la clase, todo lo hacía en honor de María; y procuraba tener preparado un ejemplo cada día para referirlo durante el recreo en este o aquel corrillo de compañeros.

Díjole un día uno de éstos:

—Si todo lo haces este año ¿qué vas a hacer el año venidero?

—Eso corre por mi cuenta—respondió—; este año quiero hacer todo lo que puedo; y el año venidero, si aún vivo, te diré lo que he de hacer.

Quise poner en juego todos los medios para que recuperara la salud y dispuse someterlo a una consulta de médicos. Todos admiraron la jovialidad de carácter, la viveza de ingenio y la madurez de juicio

que Domingo mostraba en sus respuestas. El doctor Francisco Vallauri, de feliz memoria, lleno de admiración exclamó:—¡Qué perla de jovencito!

—¿Cuál es el origen de la enfermedad que le va disminuyendo cada día más la salud?

—Su complexión delicada, su conocimiento precoz y la continua contracción de su espíritu, son como limas que van desgastando insensiblemente sus fuerzas vitales.

—¿Qué remedio sería más útil?

—Lo mejor sería dejarle ir al Paraíso, para lo cual parece que está ya preparado. Lo único, empero, que podría prolongarle la vida sería alejarle enteramente de los estudios por algún tiempo, y entreternerle en ocupaciones materiales adecuadas a sus fuerzas.

## CAPITULO XXI

*Su cuidado de los enfermos.—Deja el Oratorio.*

*Palabras que dijo en esta ocasión.*

Como no se hallaba tan falto de fuerzas que le fuera necesario guardar cama, iba a veces a la clase, al estudio, o bien se ocupaba en algunos quehaceres domésticos, o en atender gustoso a sus compañeros enfermos.

—Yo no tengo ningún mérito ante Dios, decía, visitando o asistiendo a los enfermos, pues lo hago con tanto placer, que es para mí un entretenimiento,

Pero mientras les prestaba servicios corporales, industriábase también para hacer algún bien a sus almas.—Este cuerpo—decía a un compañero que estaba indispuerto—, no ha de durar eternamente ¿no es verdad? Es menester que se destruya poco a poco hasta que sea llevado a la tumba; entonces, amigo mío, ya libre el alma de los lazos que la detenían en este mundo, volará gloriosa al cielo y gozará allí de salud y dicha interminables.

Sucedió que un compañero rehusaba tomar un remedio porque era amargo.—Amiguito—le dijo Domingo—, debemos tomar cualquier remedio, pues que haciéndolo así obedeceremos a Dios que ha establecido las medicinas y los médicos, porque son necesarios para recuperar la salud perdida, y si sentimos repugnancia en el gusto, mayor será nuestro mérito. Por otra parte, ¿crees que esta bebida es tan amarga y desabrida como la hiel y el vinagrè con que fué acibarado el inocentísimo Jesús en la cruz?—Estas palabras, dichas con su acostumbrada bondad y franqueza, producían su efecto y nadie osaba oponerle dificultades.

Si bien la salud de Savio estuviese muy quebrantada, con todo, el tener que ir a su casa era lo que más le disgustaba, pues sentía mucho interrumpir los estudios y las prácticas ordinarias de piedad. Algunos meses antes ya le había yo mandado a ella, pero fué sólo por algunos días, y se volvió en seguida al Oratorio. Lo confieso: el pesar era recíproco. Yo hubiera deseado que se quedara en el Oratorio, pues mi afecto hacia él era el de un padre para con un



hijo amantísimo. Pero el consejo de los médicos era que fuese a su pueblo, y yo quería cumplirlo, mayormente por haberse manifestado en él desde algunos días una tos obstinada.

Advirtiése, pues, al padre, y se estableció la salida para el primero de marzo de 1857.

Se sometió Domingo a tal mandato, pero solamente para hacer un sacrificio a Dios.

—¿Por qué—le preguntaron—vas a casa de tan mala gana, cuando deberías ir alegre a gozar de la compañía de tus padres?

—Porque deseo acabar mis días en el Oratorio—respondió.

—Irás a tu casa, y luego que te hayas restablecido volverás.

—¡Ah! esto no, no; ¡me voy y no volveré más!...

La víspera de su salida no podía apartarse de mi lado; siempre tenía algo que preguntarme. Entre otras cosas me dijo:—¿Cuál es la mejor cosa que puedo hacer estando enfermo para alcanzar méritos delante de Dios?

—Ofrécele a menudo lo que padeces.

—¿Y qué más?

—Ofrecer tu vida al Señor.

—¿Puedo estar cierto de que todos mis pecados me han sido perdonados?

—Te aseguro, en nombre de Dios, que todos tus pecados te han sido perdonados.

—¿Puedo estar cierto de mi salvación?

—Sí, mediante la divina misericordia, la cual no te ha de faltar, puedes estar cierto de salvarte.

—Y si el demonio viniese a tentarme ¿qué le he de responder?

—Le contestarás que tu alma la vendiste a Jesucristo y que él la compró con su Sangre; si el demonio te ofreciera alguna otra dificultad, le preguntarás qué hizo él por la salvación de tu alma; mientras que Jesucristo derramó toda la sangre para librarla del infierno y llevarla al Paraíso.

—Desde el cielo ¿podré ver a mis compañeros del Oratorio y a mis padres?

—Sí, desde el Paraíso verás todas las vicisitudes del Oratorio, y también verás a tus padres, lo que se refiere a ellos y mil otras cosas más agradables.

—¿Podré venir alguna vez a visitarlos?

—Podrás venir, siempre que tal cosa redunde a mayor gloria de Dios.

Así se entretuvo con éstas y otras muchísimas preguntas por el estilo, como el que ya tiene un pie en los umbrales del Paraíso y quiere, antes de entrar, informarse de lo que hay dentro.

## CAPITULO XXIII

### *Se despide de sus compañeros*

La mañana del día de su salida hizo con sus compañeros el ejercicio de la buena muerte, confesándose y comulgando con tales transportes de devoción que, habiendo yo sido testigo, no sé cómo expresarme.—Es menester, decía, que haga bien este ejerci-

cio, porque será para mí verdaderamente el de mi buena muerte. Y si me muero en el camino, ya he recibido los sacramentos. Lo restante de la mañana lo pasó disponiendo todas sus cositas. Arregló el baúl, colocando cada objeto como si jamás lo hubiese de volver a tocar. Fué después a despedirse de cada uno de sus compañeros; y dábale un buen consejo a éste, exhortaba a aquél a que se corrigiese de tal defecto, y animaba a otros a perseverar en la virtud. A uno a quien debía diez céntimos, le llamó y le dijo: —Ven acá, arreglemos nuestras cuentas, de lo contrario tendré algún embrollo al ajustarlas con el Señor, Habló a los cofrades de la Congregación de la Inmaculada, y, con las más vivas expresiones, los animó a ser fieles a las promesas que habían hecho a María Santísima y a poner en ella la más viva confianza.

Cuando ya iba a salir, me llamó y me dijo estas textuales palabras:—Pues que usted no quiere mis restos mortales, me veo obligado a llevarlos a Mondonio. El estorbo sería sólo de algunos días... luego todo estaría concluído; con todo, ¡hágase siempre la voluntad de Dios! Si va a Roma, acuérdesse del recado que le di para el Papa acerca de Inglaterra; ruegue a Dios para que yo pueda tener una buena muerte. Nos volveremos a ver en el Paraíso.—Habíamos llegado a la puerta que nos ponía fuera del Oratorio, y aun me tenía asida fuertemente la mano, cuando se vuelve a los compañeros que le rodean y les dice:—¡Adiós, queridos compañeros, adiós! ¡rogad todos por mí, que nos veamos todos allí, en donde siempre estaremos con el Señor!—Estaba yo a la

puerta que da al patio, cuando le veo volver atrás y me dice :

—Hágame usted un regalo para conservarlo como recuerdo suyo.

—Dime : ¿ qué regalo te agrada ? que te lo haré al instante. ¿ Quieres un libro ?—No, algo mejor.—¿ Quieres dinero para el viaje ?

—Cabalmente, dinero para el viaje de la eternidad. Usted dijo que había obtenido del Papa algunas indulgencias plenarias *in articulo mortis*, póngame, pues, a mí también en el número de los que pueden participar de dichas indulgencias.

—Sí, hijo mío, tú también puedes contarte en este número ; voy luego a escribir tu nombre en aquella lista.

Después de esto, dejaba el Oratorio donde había estado cerca de tres años con tanto placer suyo, como edificación de sus compañeros y de sus mismos superiores ; dejábalo para no volver.

Todos quedamos maravillados de tan insólita despedida. Sabíamos que padecía muchos achaques ; mas como casi siempre estaba en pie, no hacíamos mucho caso de su enfermedad. Además, tenía constantemente un semblante tan alegre, que nadie hubiera podido conocer que padecía malestar alguno de cuerpo o de alma. Y, si bien aquella despedida nos había entristecido, abrigábamos sin embargo la esperanza de verle, después de corto tiempo, de vuelta entre nosotros. Mas no había de ser así, pues ya estaba maduro para el cielo ; en el breve curso de su vida habíase ganado la merced de los justos, como si

hubiese llegado a edad muy avanzada, y el Señor quería llamar a sí en la flor de los años para librarle de los peligros en que a menudo las almas, aun las más buenas, naufragan.

## CAPITULO XXIV

*Su enfermedad.—Ultima confesión.—Recibe el Viático.—Cosas edificantes.*

Partía nuestro Domingo de Turín el primero de marzo, a las dos de la tarde, en compañía de su padre. Fué su viaje feliz; pareció que el movimiento del carruaje y la compañía de sus padres le habían hecho bien: por lo cual, llegado a la casa paterna, por cuatro días no guardó cama; pero viendo que se le disminuían las fuerzas y el apetito, y que la tos iba cada día en aumento, se creyó conveniente hacerle visitar por el médico. Este halló el mal mucho más grave de lo que parecía. Mandóle que, vuelto a casa, se fuese luego a la cama, y creyendo que sería enfermedad de inflamación, hizo uso de las sangrías.

Es propio de los jóvenes experimentar grande aprensión por las sangrías. Por cuya razón, al dar comienzo el cirujano a la operación, exhortaba a Domingo a que volviera a otro lado la cara, tuviera paciencia y cobrara ánimo. Pero él, sonriendo, le dijo: —¿Qué es una pequeña punzada en comparación de los clavos que pusieron en las manos y en los pies de nuestro inocentísimo Salvador?—Y luego, con la mayor calma, chancéándose y sin dar muestras de la

menor turbación, miró todo el tiempo que duró la operación cómo brotaba la sangre de sus venas.

Después de algunas sangrías, pareció que la enfermedad cambiaba de aspecto e iba mejorando; así lo aseguraba el médico, así lo creían sus padres, pero Domingo pensaba muy diversamente; y, persuadido de que era mejor recibir con anticipación los Sacramentos, que exponerse a perderlos, llamó a su padre. —Papá—le dijo—, buena cosa será que hagamos una consulta con el médico del cielo. Deseo confesarme y recibir la santa comunión.

Sus padres oyeron con dolor esta propuesta, y, sólo por complacerle, fueron a llamar al señor Cura, para que se llegase a confesarlo. Vino éste, y luego, también por complacerle, le trajo el Santo Viático. Ya puede cada uno imaginarse cuánta fué la devoción y recogimiento de Domingo. Todas las veces que se acercaba a recibir los Santos Sacramentos parecía un san Luis. Y ahora, al pensar que aquélla era la última comunión de su vida, ¿quién podría expresar el fervor, los arranques y tiernos sentimientos que salían de aquel inocente corazón hacia su amado Jesús?

Trajo entonces a la memoria las promesas hechas en su primera comunión. Dijo muchas veces:—¡Sí, sí, oh Jesús, oh María, vosotros seréis ahora y siempre los amigos de mi alma! Lo repito y mil veces lo digo: *¡Antes morir que pecar!*

Cuando acabó de dar gracias, dijo:—Ahora estoy contento; verdad es que aun tengo que andar el largo camino de la eternidad, pero estando Jesús

conmigo ya nada tengo que temer. ¡Oh, decid, decidlo siempre, decidlo a todos : que *quien tiene a Jesús por amigo y compañero, no teme ya mal alguno, ni siquiera la muerte!*

Edificante fué su paciencia en sobrellevar todas las incomodidades de la vida ; pero en esta última enfermedad dió muestras de ser un verdadero modelo de santidad.

No quería que le ayudasen en las ordinarias necesidades.—Hasta que pueda, decía, quiero disminuir las incomodidades a mis queridos padres ; ya han pasado ellos muchos trabajos y afanes por mí ; ¡pudiese yo al menos recompensarlos de alguna manera !

Tomaba, sin la menor repugnancia, todos los remedios, aun los más desagradables.

Después de cuatro días de enfermedad, el médico se felicitó con el enfermo y dijo a sus padres :—Demos gracias a la Divina Providencia ; vamos bien, la enfermedad está vencida, sólo es menester una buena convalecencia. Alegrábanse con tales palabras los buenos padres ; pero Domingo dijo sonriendo :—Vencido está el mundo, sólo falta que me prepare a comparecer delante de Dios. Así que hubo salido el médico, pidió que le fuesen administrados los Santos Oleos. También esta vez condescendieron sus padres por complacerle, pues no veían peligro próximo de muerte, antes bien, la serenidad de su semblante y la jovialidad de sus palabras, daban motivo para creer que iba realmente mejorando. Mas él, ya fuese movido por sentimiento de devoción o inspirado por la voz divina que le hablaba al corazón, contaba los

días y las horas que le quedaban de vida, como se calculan las operaciones aritméticas, y empleaba cada instante en prepararse para presentarse delante de Dios. Antes de recibir los Santos Oleos, hizo esta oración:—Oh Señor, perdonad mis pecados, yo os amo y os quiero amar eternamente. Este sacramento, que por vuestra gran misericordia permitís que reciba, borre de mi alma todos los pecados que he cometido con los oídos, con los ojos, con la boca, con las manos y con los pies; y sean mi cuerpo y mi alma santificados por los méritos de vuestra Pasión. Así sea.

Respondía a todas las preguntas con tal claridad en sus palabras y tanta precisión en sus juicios, que se hubiera dicho que gozaba de perfecta salud.

Estábamos a 9 de marzo, cuarto día de cama en su enfermedad y último de su vida. Había sufrido diez sangrías, a más de otros remedios, y sus fuerzas estaban completamente postradas, por cuya razón diósele la bendición papal. El mismo dijo el *Confiteor* y respondió a todas las preces del sacerdote. Cuando oyó que con aquel acto religioso el Papa le otorgaba la bendición apostólica con la indulgencia plenaria, experimentó la mayor consolación.—*¡Deo gratias!* dijo repetidas veces, *¡Et semper Deo gratias!* Volvióse luego al Crucifijo, y repitió esta copla, que le había sido muy familiar durante el curso de su vida:

*Signor, la libertà tutta vi dono  
Ecco le mie potenze, il corpo mio,  
Tutto vi do, chè tutto è vostro, o Dio,  
E nel vostro voler io m' abbandono.*



«Señor, mi libertad toda os entrego,  
»Mi cuerpo y mis potencias y sentidos,  
»Todo os lo doy, Señor, pues todo es vuestro,  
»Y a vuestra voluntad yo me abandono.»

## CAPITULO XXV

### *Sus últimos momentos y su preciosa muerte*

Es verdad de fe que el hombre cosecha en el trance de la muerte el fruto de sus obras. *Quae seminaverit homo, haec et metet.* Si durante la vida sembró buenas obras, cosechará en aquellos últimos momentos frutos de consuelo. Con todo, sucede a veces que almas de santa vida se llenan de terror y espanto al acercarse la hora de la muerte. Acontece esto por adorable decreto del Señor, que quiere purgar a aquellas almas de las pequeñas manchas que por ventura han contraído durante su vida, y enriquecerles la corona de gloria en el cielo. En Domingo no sucedió así. Y creo yo que Dios haya querido darle aquel ciento por uno que, en las almas justas, precede a la Gloria del Paraíso. En efecto, la inocencia conservada hasta los últimos momentos de su vida, su fe viva y sus muchas tribulaciones, sin duda le merecieron aquel tan envidiable sosiego en punto de muerte.

Veía acercarse la muerte con la tranquilidad de un alma inocente; parecía que ni siquiera experimentaba las angustias y afanes inseparables de ese momento supremo, debidos a los esfuerzos que natural-

mente hace el alma para romper las ataduras del cuerpo. En fin, la muerte de Domingo, podría llamarse con más propiedad reposo, que muerte.

Era la tarde del 9 de marzo de 1857 y ya había recibido todos los auxilios de nuestra santa Religión. El que le oía hablar y le veía tan sereno, habría creído que sólo estaba en la cama para descansar. Su rostro alegre, sus ojos llenos de vida, con pleno conocimiento de sí mismo, todo esto dejaba maravillados a cuantos le veían, y nadie, exceptuado él, podía persuadirse de que se hallaba próximo a morir.

Hora y media antes de que exhalase el último aliento, vínole a visitar el Párroco, y viéndole con tanta tranquilidad se quedó observando, con grande admiración, cómo iba encomendándose el alma. Decía frecuentes y prolongadas jaculatorias, que expresaban el vivo deseo que tenía de ir presto al cielo. —¿Qué se ha de hacer para encomendar el alma a agonizantes como éste?—dijo el Parroco. Y después de haber rezado algunas oraciones con él, ya iba a salir, cuando Domingo le llamó diciéndole:—Señor Cura, antes de marcharse tenga la bondad de dejarme algún recuerdo.

—Por mi parte—respondió—, no sabría qué recuerdo dejarte.

—Algún recuerdo que me consuele.

—No sabría qué decirte, sino que te acuerdes de la Pasión de Nuestro Señor.

—¡*Deo gratias!* la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre en mi mente, en mi boca, en mi corazón. ¡Jesús, José y María, asistidme en mi última



...» ¡Oh qué cosas tan hermosas veo!...» (Pág. 107).

agonía! ¡ Jesús, José y María, expire en vuestros brazos en paz el alma mía!

Después de estas palabras, se adormeció y descansó como por media hora. Despertándose después, volvió sus miradas hacia sus padres:—Papá—dijo.

—Aquí estoy, hijo mío, ¿qué necesitas?

—Querido papá, ya es tiempo, tome usted mi *Joven Instruido* (1) y léame las letanías de la buena muerte.

A tales palabras, su madre prorrumpió en llanto y se alejó del aposento del enfermo. Partíasele al padre el corazón de dolor y las lágrimas ahogaban su voz. Con todo, cobró ánimo y empezó a leer aquellas preces. Repetía Domingo con voz clara y distinta: «Jesús misericordioso, tened piedad de mí.» Cuando llegó a aquellas palabras: «Finalmente, cuando mi alma comparezca ante Vos y vea por vez primera el esplendor de vuestra majestad, no la arrojéis, Señor, de vuestra presencia; dignaos recibirla en el seno amoroso de vuestra misericordia, para que cante eternamente vuestras alabanzas.»—Pues bien—añadió—, cabalmente esto es lo que deseo. ¡ Oh, papá, cantaré eternamente las alabanzas del Señor! Pareció, después, que se encontraba como quien reflexionara seriamente cosas de grande importancia. Poco después despertó y con voz clara y alegre dijo: Adiós, papá,

---

(1) Con este nombre indicaba un libro (escrito por don Juan Bosco) dirigido expresamente a la juventud y cuyo título es *El Joven Instruido en la práctica de sus deberes*. Contiene muchas prácticas de piedad, el oficio de la B. Virgen, las vísperas para todo el año, el oficio de difuntos, etc.

adiós, el señor Cura quería decirme otras cosas más y yo no puedo acordarme... ¡Oh, qué cosas tan hermosas veo!...» Diciendo esto y sonriendo con celestial semblante, expiró con las manos cruzadas sobre el pecho y sin hacer el más pequeño movimiento.

¡Sí, alma fiel, vuela a tu Criador! Abiertos están los cielos, los ángeles y los santos te han preparado grandes fiestas; Jesús, a quien tanto amaste, te invita y llama diciendo: ¡Ven, siervo bueno y fiel, ven! Tú has combatido y alcanzado la victoria, ¡ven ahora a tomar posesión de un gozo que no tendrá fin! *Intra in gaudium Domini tui.*

## CAPITULO XXVI

*Noticias de su muerte.—Palabras del Profesor*

*D. Picco a sus alumnos.*

Cuando el padre de Domingo le oyó proferir las palabras que dejamos dichas, y le vió inclinar después la cabeza como para descansar, pensó realmente que se hubiese dormido. Dejóle por algunos instantes en aquella posición, pero luego, al llamarle, conoció que había expirado. Ya puede cada uno imaginarse la desolación de sus padres por la pérdida de un hijo, que reunía, a la inocencia y a la piedad, las más bellas cualidades y las más a propósito para hacerse amar.

También nosotros en el Oratorio deseábamos tener noticias de este excelente amigo, cuando recibí una

carta de su padre, que empezaba así: «Con lágrimas en los ojos, le comunicó la más dolorosa noticia; mi querido hijo Domingo, discípulo suyo, cual cándido lirio, cual otro Luis Gonzaga, entregó su alma al Señor, ayer, 9 del corriente (marzo), después de haber recibido del modo más consolador los Santos Sacramentos y la bendición papal.»

Esta noticia sumió en la mayor consternación a sus compañeros. Unos, lloraban en él la pérdida de un amigo y de un consejero fiel; otros, un modelo de verdadera piedad.

Algunos hubo que se reunieron para orar por el descanso de su alma; pero otros, y en mayor número, no se cansaban de decir que era un santo, y que en aquella hora ya se hallaba gozando la gloria del Paraíso. Otros, finalmente, comenzaron, desde entonces, a encomendarse a él, como a un protector ante Dios; y todos a porfía, querían obtener alguno de los objetos que le habían pertenecido.

Cuando llegó esta noticia a oídos de su profesor D. Picco, quedó profundamente afligido. Y luego que estuvieron reunidos todos sus alumnos, lleno de emoción, se la comunicó con estas palabras:

«No ha mucho, queridos jóvenes, que, hablándoos yo de la caducidad e inestabilidad de la vida humana, os hacía notar que la muerte no perdona siquiera vuestra edad florida, y os traía por ejemplo como dos años hace, en estos mismos días, frecuentaba esta clase, y estaba aquí presente, escuchándome, un niño lleno de salud y vigor, el cual, después de una ausencia de pocos días, pasaba de esta vida a la

otra, llorado de sus parientes y amigos (1). Cuando os hablaba de tan doloroso incidente, muy lejos estaba de pensar que también el presente año había de ser enlutado con un duelo semejante, y que tan presto habría de abandonarnos uno de los que me escuchaban. La guadaña de la muerte cortaba antes de ayer la vida de uno de vuestros compañeros más virtuosos, del jovencito Domingo Savio. Vosotros recordaréis que, en los últimos días que asistió a la clase, era atormentado por una tos pertinaz, que presagiaba una grave enfermedad, razón por la cual ninguno de nosotros se extrañó, cuando supo que se había visto obligado a ausentarse de la clase. Para curar su enfermedad, y previendo, como repetidas veces había dicho a algunos, su próximo fin, fué por consejo de los médicos y de los superiores a su casa. Allá, la violencia de la enfermedad se desarrolló rápidamente, y, después de sólo cuatro días, entregó su inocente alma al Criador.

«Leí ayer la carta en que el desconsolado padre nos daba esta triste noticia, el cual con gran sencillez hacía tal pintura de la santa muerte de aquel ángel, que me conmovió hasta derramar lágrimas. El padre no halla expresión más propia para alabar a su amado hijo que llamarle otro San Luis Gonzaga, así por la santidad de su vida como por su dichosa resignación en su muerte. Os aseguro que siento

---

(1) León Cocchis, que estudiaba segundo año de humanidades, joven de muy buenas esperanzas, murió el 25 de marzo de 1855, a la edad de quince años.

mucho que haya frecuentado tan poco mi clase y que su poca salud no haya permitido durante ese tiempo que le conociera y tratara más de lo que es posible en una clase bastante numerosa. Dejo, por tanto, a sus superiores el cuidado de manifestaros cuál fuera la santidad de su vida, su fervor, devoción y piedad; dejo a sus compañeros y amigos, que de continuo conversaban familiarmente con él, que os digan cuál era la modestia de sus costumbres y de todo su porte y cuán amable en sus conversaciones; dejo a sus padres que os expresen cuán grande era en su obediencia, su respeto y su docilidad. ¿Y qué podré yo deciros que no sepáis vosotros? Pero lo que os recordaré es que siempre fué de alabar por su modestia y aplicación, por su diligencia y exactitud en el cumplimiento de todos sus deberes; y ¡qué dichoso sería yo, si cada uno de vosotros se propusiese seguir tan santo ejemplo!

»Antes que su edad y estudios le permitieran frecuentar nuestra clase, ya le había oído encomiar como uno de los alumnos más aplicados y virtuosos del Oratorio, donde hace más de tres años fué recibido. Tal era su ardor en el estudio, tan rápidos los progresos que había hecho en las primeras clases de latinidad, que tuve vivo deseo de contarle en el número de mis alumnos. Aun antes de recibirle en mi clase, habíale ya anunciado a alguno de mis alumnos como un émulo con el cual habrían podido ir a porfía no menos en el estudio que en la virtud. Y en mis frecuentes visitas al Oratorio, notando en él aquella dulce fisonomía, aquellos ojos tan inocentes, jamás le



miraba que no me sintiese movido a amarle y admirarle. No desmintió, por cierto, las bellas esperanzas que entonces había concebido, mientras asistió a mi escuela. Bien lo sabéis vosotros, queridísimos jóvenes, que habéis sido testigos de su recogimiento y de su aplicación, no solamente durante el tiempo en que le llamaba el deber a escucharme, sino también en el tiempo en que la mayor parte de los niños, aun dóciles y diligentes, no se hacen escrúpulo de desperdiciarlo. Vosotros, que erais sus compañeros y que le tuvisteis a vuestro lado, no sólo en la clase, sino a todas horas, podéis decir si por ventura le visteis una vez siquiera olvidado de sus deberes.

»Paréceme verle aún ocupando su puesto ; con aquella modestia que le caracterizaba ocupaba su asiento, y en todo el tiempo que entraban sus compañeros, lejos de entregarse a las bromas propias de los niños de su edad, estudiaba sus lecciones, tomaba apuntes o bien se entretenía en alguna lectura útil ; y, comenzando luego la lección, ¡ con cuánta aplicación veía yo su rostro angelical pendiente de mis palabras ! No debe, pues, causar maravilla, si a pesar de sus pocos años y de su salud delicada, era tan grande el provecho que sacaba de los estudios. Y sirva de prueba, que entre un considerable número de niños, todos de talento más que mediano, y aunque ya tuviese en sí el germen de la enfermedad que le condujo finalmente al sepulcro, y sufriera, por tanto, frecuentes ausencias, obtuvo casi siempre los primeros puestos de la clase.

»Pero una cosa particularmente despertaba mi

atención y me causaba maravilla; y era de ver cómo estaba su mente juvenil unida con Dios y cuán ferviente era en la oración. Cosa regular es, aun en los niños menos disipados, que, dominados por su natural vivacidad y por las distracciones a que están sujetos, reflexionen muy poco sobre el sentido de las oraciones que rezan y casi no las acompañen con ningún afecto. De esto resulta que en la mayor parte de ellas no hagan otra cosa que mover los labios y hacer oír la voz. Pues bien, si tan habitual es la distracción de la juventud aun en las oraciones que dirigen a Dios en el silencio y quietud de las iglesias o bien en la soledad de sus propias casas, en las cotidianas preces, vosotros bien sabéis cómo esto acontece más fácilmente en el rezo muy breve que suele hacerse antes y después de las lecciones.

»Y, cabalmente en estas oraciones, pude admirar el fervor de nuestro Domingo en la piedad, y la unión de su alma con Dios. ¡Cuántas veces le observé con su mirada vuelta al cielo! ¡al cielo, que tan presto, había de ser su morada! recogiendo todas sus potencias y sentidos para ofrecerlos al Señor y a su Madre benditísima, con aquella abundancia de afectos que requieren tales preces! Y estos afectos, queridísimos niños, eran los que después animaban sus pensamientos en el cumplimiento de sus deberes, eran los que santificaban todos sus actos, todas sus palabras, los dirigían toda su vida solamente a dar mayor gloria a Dios. ¡Oh, dichosos los niños que en tales conceptos se inspiran! Serán felices en esta vida y en la otra, y dichosos harán a los padres que los

educan, a los maestros que los instruyen y a todos los que trabajan por su bienestar.

»Amadísimos niños, la vida es un don preciosísimo que Dios nos ha dado para proporcionarnos los medios de alcanzar méritos para el cielo, y así será, si todo lo que hacemos es tal, que se pueda ofrecer a nuestro Bienhechor supremo, cual lo hacía nuestro Domingo. Pero ¿qué diremos del niño que pasa su vida entera olvidado completamente del fin para el cual Dios le ha destinado; que jamás halla un momento para dirigir sus afectos al Creador; que jamás en su corazón da lugar a una aspiración que le eleve al Señor? ¿Y qué diremos de aquel niño que hace todo cuanto puede para alejar de sí tales pensamientos o para combatirlos o sofocarlos, si los siente próximos a penetrar en su corazón? ¡Ah! reflexionad un momento sobre la vida y el fin santo de este queridísimo compañero vuestro, y sobre la envidiable dicha, que bien podemos confiar que goza; y, volviendo después con el pensamiento a vosotros mismos, examinad y ved qué os falta todavía para asemejaros a él, y cuáles quisierais ser, si tuvieseis que presentaros ahora ante el tribunal de Dios, donde se os pedirá estrecha cuenta aún de la más leve falta. Por tanto, si halláis que grande es vuestra diferencia con Domingo, tomadle como modelo, imitad sus virtudes, haced que vuestra alma sea como la suya, pura y limpia a los ojos de Dios, para que, al inesperado llamamiento que pronto o tarde Dios os hará infaliblemente a cada uno de vosotros, le podáis responder con la alegría en el semblante y la sonrisa en los la-

bios, como lo hizo este angélico condiscípulo vuestro. Escuchad todavía este voto, con el cual pondré término a mis palabras : Si viera yo en la conducta de mis discípulos un notable mejoramiento, si los viera de hoy en adelante más exactos en sus deberes y más convencidos de la importancia de una verdadera piedad, creeré que todo esto es fruto del ejemplo de Domingo, y lo consideraré como gracia impetrada por él, como un premio de haber sido vosotros, aunque por breve tiempo, compañeros y yo maestro suyo.»

Así el digno profesor, don Mateo Picco, manifestaba a sus alumnos la profunda y dolorosa impresión que había experimentado al recibir la noticia de la muerte de su alumno Domingo Savio.

## CAPÍTULO XXVII

*Emulación por las virtudes de Savio.—Muchos se encomiendan a él para obtener favores celestiales, y son escuchados.—Un recuerdo.*

Quien haya leído hasta aquí lo escrito acerca del jovencito Domingo Savio, no extrañará que Dios se haya dignado favorecerle con dones especiales, haciendo resplandecer de muchas maneras su virtud.

Muchos eran, mientras vivió, los que procuraban seguir fielmente sus consejos y ejemplos e imitar sus

virtudes, y muchos también los que, movidos por su ejemplar conducta y por la inocencia de sus costumbres, se encomendaban a sus oraciones. Cuéntanse no pocas gracias alcanzadas por sus plegarias mientras estaba todavía en vida; pero muchísimo creció, después de su muerte, la confianza y veneración con que se le distinguía.

No bien se tuvo noticia de su fallecimiento, muchos de sus compañeros comenzaron a aclamarle por santo. Reuniéronse para rezar las letanías de difuntos; pero en vez de decir *ora pro eo*, a saber: *Santa María, rogad por el descanso de su alma*, no pocos respondían: *Ora pro nobis. Santa María, rogad por nosotros*. «Porque, decían, Savio goza ya de la gloria del Paraíso y no ha menester de nuestras oraciones.»

Y añadían otros:—Si no ha ido derecho al Paraíso, Domingo, que tan pura y santa vida llevó, ¿quién podrá ir allá? Por cuya razón varios compañeros y amigos de Domingo, que durante su vida habían admirado sus virtudes, comenzaron desde entonces a tomarle por modelo y encomendarse a él, como a celestial patrón.

Casi cada día se tenían noticias de gracias ya corporales, ya espirituales, debidas a su intercesión. Yo conozco a un joven que, como padeciera fuertes dolores de muelas que le ponían casi fuera de sí, habiéndose encomendado a su compañero Savio con una oración muy breve, sintióse mejorado al instante. Muchos son los que, habiéndose encomendado a él para que les librase de calenturas, fueron escuchados. Conservo no pocas relaciones de gracias obteni-

das por intercesión de Savio (1), mas, aunque el carácter y la autoridad de las personas que refieren estos hechos sean fidedignos, con todo, porque viven todavía, creo más conveniente omitir por ahora sus nombres, contentándome con referir solamente una gracia especial que obtuvo un estudiante de filosofía, compañero de Domingo. El año 1858, hallábase este joven muy quebrantado de salud. Esta quedó de tal modo alterada, que hubo de interrumpir el curso de filosofía, sujetarse a muchas curaciones, y al fin del año abstenerse de rendir examen. Estaba muy deseoso de dar los exámenes en marzo, pues habría así evitado la pérdida de un año. Pero aumentándose sus incomodidades, iba de día en día perdiendo la esperanza. Fué a pasar el otoño ora en su patria, ora en el campo entre sus amigos, y ya parecía que había mejorado de salud; pero cuando volvió a Turín, apenas

---

(1) Esta veneración y confianza creció en gran manera, después que el padre de Domingo hubo hecho un interesante relato, que está pronto a confirmarlo en cualquier lugar y ante cualquier persona. Es como sigue:

«La pérdida de mi hijo, dice, me produjo una profunda aflicción, aumentada por el deseo de saber cuál sería su suerte en la otra vida. Quiso Dios consolarme; un mes, poco más o menos, después de su muerte, estaba yo desde largo rato en la cama, sin poder conciliar el sueño, cuando me pareció que se abría el techo de la casa y he aquí que, rodeado de vivísima luz, se me aparece Domingo con el rostro risueño y alegre, pero con aspecto majestuoso e imponente. Ante aquel espectáculo tan sorprendente, quedé fuera de mí.—¡Oh! Domingo, exclamé, Domingo mío, ¿cómo estás? ¿Dónde estás? ¿Estás ya en el Paraíso?—Sí, padre mío, me respondió, estoy verdaderamente en el Paraíso.—¡Ah! si tanta merced te ha hecho el Señor y gozas ya de la felicidad del cielo, ruega por tus hermanos y hermanas, para que puedan un día ir contigo.—Sí, sí, padre mío, respondió, rogaré a Dios por ellos para que puedan venir también un día a gozar de la felicidad del cielo.—También ruega por mí y por tu madre, para que podamos vernos en el Paraíso.—Sí, sí, rezaré.» Esto dijo, y desapareció, y tornóse mi aposento tan obscuro como antes.

Asegura el padre, que narra la verdad pura y sencilla, y añade que ni antes ni después, ni velando ni durmiendo, fué consolado con tales apariciones.



estudió pocos días, recayó y se puso peor que antes, «Ya se aproximaban los exámenes y hallábase mi salud en deplorable estado. Los dolores de estómago y de cabeza me quitaban todas las esperanzas de poder rendir el examen que ardientemente deseaba. Animado por lo que se decía de mi compañero Domingo, quise encomendarme también a él, haciendo una novena en su honor. Entre las preces que, me había propuesto rezar, una era ésta:—Querido compañero, tú, que por gran dicha y consuelo mío, fuiste mi discípulo por todo un año; tú que conmigo ibas santamente a porfía por ser el primero de la clase, bien sabes cuánta necesidad tengo de dar examen. Ruégote, pues, que me alcances del Señor la salud necesaria para que pueda prepararme.

»No había aún transcurrido el quinto día de la novena, cuando mi salud comenzó a mejorar tan notablemente, que pude desde luego empezar a estudiar y aprender con extraordinaria facilidad las materias prescritas para el examen. Y este favor no fué de algunos instantes solamente, pues que al presente me hallo en tan buen estado de salud como no había gozado desde un año. Reconozco que esta gracia la he obtenido del Señor por mediación de este compañero mío; amigo mientras vivía en la tierra; protector y consuelo ahora que goza de las glorias del cielo. Más de dos meses pasaron desde que recibí tal gracia y mi salud sigue siempre sin novedad, con gran utilidad y consuelo mío.»

Con este hecho, doy fin a la vida de Domingo Savio, reservándome imprimir otros más tarde, en forma de apéndice, en el modo que parezca ser de mayor



gioria de Dios y provecho de las almas. Ahora, lector amigo, pues que tan benévolo has sido leyendo lo escrito sobre este virtuoso joven, quisiera que llegaras a una conclusión tal, que sea de verdadera utilidad para ti, para mí y para todos los que por ventura lean este librito; quisiera, en una palabra, que nos diésemos con ánimo resuelto a imitar al joven Domingo en aquellas virtudes que son propias de nuestro estado. En su condición pobre, él vivió una vida dichosa, virtuosa e inocente, coronada después con tan santa muerte. Imitémosle en la vida, y tendremos seguridad de serle semejantes en su preciosa muerte.

Pero no dejemos de imitarle en la frecuencia del sacramento de la Confesión, que fué su sostén; en la práctica constante de la virtud, que le condujo a tan glorioso término. Acerquémonos con frecuencia y con las debidas disposiciones a este baño saludable, sin dejar de reflexionar sobre las confesiones pasadas, para advertir si han sido bien hechas; y si no estamos seguros de ello, remedemos los defectos ocurridos. Me parece que éste es el medio más seguro para vivir días felices en medio de las aflicciones de la vida y mirar con calma la muerte. Entonces, con la serenidad en el rostro y con la paz en el corazón, iremos al encuentro de Nuestro Señor Jesucristo, que nos recibirá benigno para juzgarnos conforme a su gran misericordia, y conducirnos, como espero, a ti y a mí, oh lector, de las tribulaciones de la vida a la dichosa eternidad, para alabarle y bendecirle por todos los siglos. Amén.











D  
23

D-2  
375